

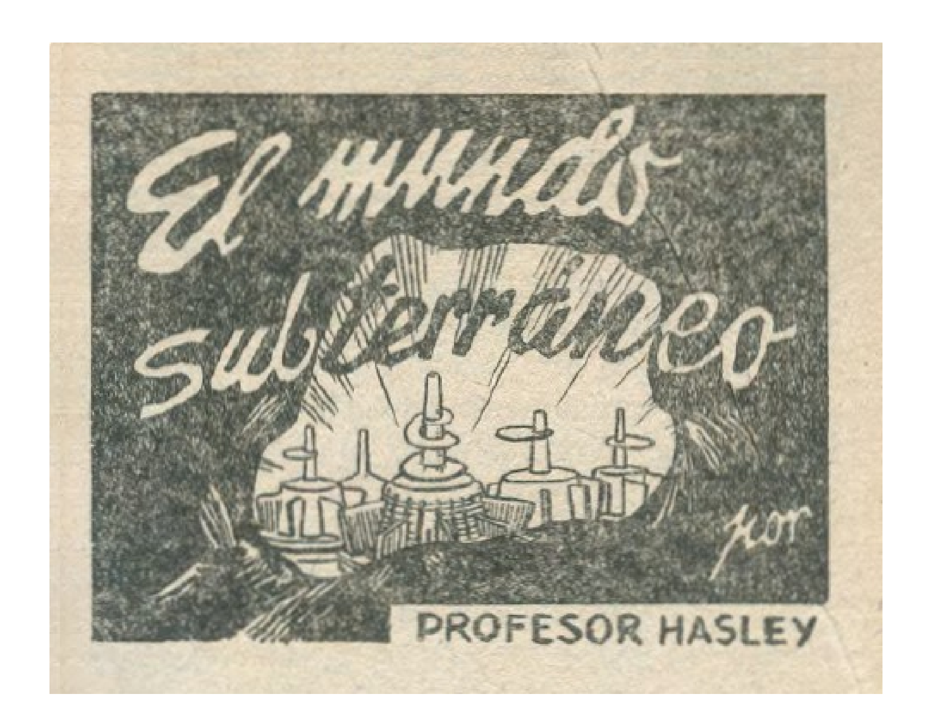
José Luis
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
EL MUNDO
SUBTERRANEO
por el PROFESOR HASLEY.


Profesor Hasley
EL MUNDO SUBTERRÁNEO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal: V. 89 - 1959
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

Profesor Hasley

EL MUNDO SUBTERRÁEO



CAPÍTULO PRIMERO

El terror y el asombro hicieron enmudecer durante unos minutos al pequeño grupo.

Instintivamente se habían agrupado en un reducido espacio y dirigían sus ojos hacia aquella constelación de puntos fosforescentes que pululaban en derredor suyo.

Jamás seres algunos se habían visto envueltos por tan terribles circunstancias. La grieta por la que encontraron acceso a la enorme caverna se había cerrado sobre sus cabezas y estaban enterrados en las entrañas mismas de la Tierra, teniendo como losa sepulcral la ingente inmensidad del océano.

La oscuridad era absoluta y en ella flotaban los puntos luminosos de aquellos ojos bestiales que parecían dirigirse hacia el lugar que ocupaban los desdichados seres.

Cis no podía evitar el tembloroso escalofrío y Mark la apretó suavemente contra su pecho, intentando infundirle alientos.

Unos sordos y sincopados silbidos llenaban el ámbito de la cueva, haciendo aún más terrible la situación.

—¡Son esas terribles bestias! —exclamó sordamente Oliver.

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros? —murmuró Carey.

Peter había asido a Mark por el brazo y crispaba sus dedos sobre los músculos de nuestro amigo, sin comprender exactamente lo que sucedía.

—¿Qué es eso, Mark? —preguntó con un hilillo de voz—. ¿Se trata acaso de...?

—Sí —respondió Mark—. Son los monstruos que atacaron al profesor Taylor y contra los cuales combatimos más tarde Oliver y yo.

—¡Mejor hubiera sido morir con nuestros compañeros! —exclamó Carey.

El silencio se hizo de nuevo y todos miraron fascinados hacia el semicírculo de ojos fosforescentes.

Los extraños lagartos se movían cuanto apenas como si esperasen que el enemigo hiciese el menor movimiento para abalanzarse sobre ellos.

La situación era en verdad desesperada. Los cuatro hombres y la mujer estaban enterrados en vida, sin que pudiera imaginarse siquiera una remota posibilidad de volver a la superficie del planeta.

La grieta se había cerrado sobre ellos como la trampa de un cepo, poniéndolos frente a frente de aquellos seres monstruosos. Y aún tenían que dar gracias a Dios porque aquello hubiese sucedido, pues, de lo contrario, las aguas del océano habrían anegado la profunda sima, aplastándolos como muñecos de papel contra las paredes rocosas.

Durante quince largos minutos permanecieron inmóviles, sin conseguir adaptarse totalmente a la situación.

La muerte estaba cerca y parecía inútil pretender escapar de la misma. ¿Qué podían hacer las cinco personas humanas que se encontraban enterradas en una gruta bajo las profundidades del océano? Sobre sus cabezas, después de la corteza de roca, había todo un océano de agua, lo cual suponía una barrera absolutamente infranqueable para cualquier ser mortal.

El lugar donde el túnel trasatlántico había sufrido la invasión de las aguas se encontraba a varios kilómetros de profundidad. Podían esperar socorros de los equipos de salvamento del túnel pero, ¿quién iba a sospechar que ellos habían conseguido eludir la invasión de las aguas y se encontraban bajo la corteza terrestre del fondo del mar?

Mark sabía que el profesor Taylor abriría una galería nueva, tanto para continuar los trabajos del túnel como por rescatar los despojos humanos de los obreros que habían perecido bajo la colosal avalancha de las aguas. ¿Pero resolvería aquello la

situación del pequeño grupo?

Para ello, la nueva galería tenía que pasar por el lugar que ellos ocupaban actualmente, o tan cerca de aquel lugar que fuera posible hacer llegar hasta los trabajadores algunas señales sonoras.

Contra esta remota posibilidad se levantaban terribles imponderables. En primer lugar estaban los monstruosos reptiles, capaces de producir con sus cuerpos poderosas descargas eléctricas, y que ahora cercaban al desesperado grupo.

En el caso de que pudieran eludir el ataque de aquellos monstruos, aún quedaba otra cuestión de vital importancia: el nuevo túnel tardaría un par de semanas en taladrar el subsuelo oceánico y llegar a la altura del que fue destruido por las aguas. ¿Cómo resistir durante este tiempo la acometida del hambre y de la sed?

Mark analizaba fríamente estas cuestiones, mientras sus ojos no perdían de vista el círculo de puntos fosforescentes que indicaban la situación de los feroces monstruos que poblaban las entrañas de la Tierra.

Su corazón se sentía acongojado por una terrible angustia. Poseía un bien templado espíritu y estaba seguro de saber hacerle frente a la muerte cuando ésta llegara, pero junto a su pecho sentía el tibio calor del cuerpo de su amada y era por ella por quien más se hallaba angustiado.

—¡No puedo resistir más! —exclamó Oliver en voz baja y reconcentrada—. ¿Por qué no nos atacan y acabamos de una vez?

Mark le oyó removerse y no tardó en comprender lo que pretendía.

Alargó un brazo en la oscuridad y lo posó sobre los hombros de su amigo.

—No dispares —murmuró.

—Más vale que acabemos de una vez —repuso Oliver.

—De todos modos, no pierdas la cabeza.

—¿Pero no te das cuenta, Mark, que no tenemos salvación posible? ¡Esos monstruos acabarán con nosotros o terminaremos volviéndonos locos!

—Cálmate, Oliver —susurró la voz serena de Peter, el cual había conseguido recobrar el dominio de sí mismo.

—Sé que esto no nos conducirá a ninguna parte —continuó Mark—, pero estamos obligados a defender nuestras vidas hasta el último instante.

—¿Y prolongar con ello nuestra agonía?

—Aunque así sea. El verdadero valor no está en dejarse matar, sino en seguir viviendo contra toda esperanza.

Aquellas palabras calaron hondo en el corazón del ingeniero. Lentamente fue bajando el arma con la que apuntaba hacia aquellos ojos que brillaban en la oscuridad y lanzó un profundo suspiro.

—Tenéis razón. Dejaré a la voluntad de Dios que disponga de mi vida.

—Eso está mejor —murmuró Peter en la oscuridad.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Oliver.

Mark no sabía qué contestar a aquella pregunta. El extraño mundo que se abría a sus ojos era tan absolutamente desconocido, que nuestro amigo se sentía clavado al sitio que ocupaba, sin tener la menor idea de qué era lo que convenía hacer.

—No sé qué decirte, Oliver. ¿Se os ocurre algo a vosotros?

—Abandonemos este lugar —casi sollozó Cis—. ¡No me siento con fuerzas para soportar la mirada de esos monstruos que nos rodean!

—Se me ocurre una cosa.

—¿Qué es ello, Mark? —preguntó ansiosamente Peter.

—¿Cómo es posible que podamos respirar en esta cueva?

—Debió quedar algo de aire aprisionado en la época geológica en que se formó la sima —dijo Peter.

—¿Y esos reptiles? No hay nada semejante en la superficie del planeta. Son habitantes de las profundidades terrestres quizás desde hace millones de años. ¿Cómo han podido sobrevivir?

—¡Es cierto! —exclamó Oliver—. También ellos tienen respiración pulmonar.

—Y, sin embargo, no han agotado las reservas de aire de la cueva —concluyó Mark.

—¿Quieres decir que el aire se renueva constantemente? —preguntó Peter.

—No hay otra explicación.

—Entonces debe haber una salida.

—Eso creo —aseguró Mark—. Una salida que quizás se encuentre a miles de kilómetros.

—Pero que es nuestra única esperanza —murmuró Oliver.

Durante un par de minutos guardaron silencio, pensando en la remota posibilidad que se les presentaba.

El razonamiento de Mark era correcto y aunque significaba una esperanza tan débil el deseo de vivir se aferraba a la remota posibilidad, como un náufrago es capaz de cogerse a una barra de hierro al rojo vivo.

—Debemos intentar adentramos en esta sima —dijo Peter—.

Cualquier cosa es preferible a continuar en este maldito lugar.

De pronto, la voz excitada de Cis puso en guardia a los hombres.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Muchos de aquellos fantásticos pares de ojos habían comenzado a moverse y hasta los oídos de los hombres llegó el suave ruido que producían aquellos cuerpos invisibles al arrastrarse sobre la tierra.

—¡Vienen hacia aquí! —dijo con horrorizado acento Carey, el cual había guardado silencio hasta aquel momento, mientras se recuperaba de los golpes que había sufrido en el momento del terremoto[1].

Mark miró detenidamente y no dejó de observar que aquellos puntos luminosos comenzaban a descender extrañamente.

—¿Es que acaso estaban suspendidos de la bóveda de esta cueva? —preguntó Peter, el cual había hecho la misma observación.

—Ya sé lo que sucede —replicó Mark en voz baja—. Entre nosotros y esas bestias debe haber una hondonada. Ahora están intentando atravesarla para atacarnos.

—¿No crees que debemos reconocer el terreno en que estamos?

—Sí. Ahora ya es inútil guardar precauciones. Dentro de muy poco estaremos empeñados en una lucha a vida o muerte.

—¿Entonces puedo utilizar la linterna?

—Adelante —dijo Mark.

Peter descolgó de su cinto la poderosa linterna que llevaba, al igual que los demás, y el potente haz luminoso rasgó las tinieblas que los envolvían.

Primeramente se dirigió hacia los extraños monstruos que avanzaban con pesados movimientos, perfilándolos con nítida claridad.

La visión era horripilante. Aquellos extraños ejemplares, alguno de los cuales pesaría más de doscientos kilos, con sus cuerpos cubiertos con escamas de color verde oscuro y su cabeza de rasgos casi humanos, avanzaban con los ojos fijos en el lugar que ocupaban nuestros amigos.

Mark tenía razón. Una hondonada de más de veinte metros de profundidad hendía la inmensa cueva por su parte central. Nuestros amigos estaban sobre una especie de cornisa que no tendría más de tres metros de ancho, la cual corría pegada a la pared de la cueva, hasta perderse en la lejana oscuridad.

A la otra parte de la hondonada, en una zona especialmente abrupta, se asentaban las familias de extraños reptiles, bastantes de los cuales estaban intentando atravesar la hondonada, para atacar a los intrusos que tan inesperadamente habían invadido su reino de las tinieblas.

—¡Oh, Mark! —exclamó Cis, apretándose más aún contra el pecho de su amado.

—Es algo verdaderamente repugnante —musitó Oliver.

Mark se deshizo del abrazo de Cis y la llevó hasta la pared de roca.

—No mires y estate atenta a nuestros movimientos. Si en la lucha tuviéramos que movernos, procura estar siempre a nuestras espaldas.

Mark volvió al lado de los otros hombres y se dispuso a luchar.

—Ataca más de un centenar de esos asquerosos bichos —dijo Peter.

Mark cogió su linterna y comenzó a recorrer la cueva en todas direcciones.

A su izquierda se deslizaba la cornisa hasta alcanzar un punto situado a unos trescientos metros.

—Tú vigila el avance de esos monstruos, Peter. Oliver y Carey que unan sus linternas a la mía, para iluminar el fondo de la cueva.

Los dos hombres hicieron lo que se les indicaba y, al aunar los tres haces luminosos, pudieron precisar la estructura de aquella parte de la cueva.

La cornisa llegaba casi hasta el final de la misma, descendiendo en declive hasta un boquete de unos dos metros de altura.

—La cueva tiene mucha prolongación —comentó Mark—. Si pudiéramos alcanzar aquel agujero nos sería más fácil defendemos de estas bestias.

—No lo pensemos ni un segundo más —dijo Oliver—. Esos repugnantes lagartos se están aproximando mucho.

—¡Síguenos, Cis! —ordenó Mark.

No era muy grande la posibilidad de rechazar la acometida de los extraños habitantes de las entrañas subterráneas, pero la única posibilidad de triunfar era alcanzar aquella otra posición más ventajosa.

Mark abría la marcha y la cerraba Peter, pero en cuanto éste comenzó a caminar, uno de aquellos monstruos aceleró sus movimientos, imprimiéndoles un aire amenazador y zigzagueante.

—¡Cuidado, señor Reynolds! —gritó el capataz Carey, el cual había observado la nueva actitud del reptil.

Peter se detuvo y vio que la bestia se encaramaba al borde de la cornisa.

—¡Seguid adelante! —gritó a sus amigos.

Se echó el fusil a la cara y disparó.

El estruendo del disparo retumbó por toda la cueva y algunos trozos de roca, mezclados con finísima arena, se desprendieron del techo.

La bestia fue herida de muerte y se desplomó hacia atrás, lanzando un agudo silbido de tono escalofriante.

Como si aquello hubiera sido la señal que esperaban, los demás reptiles aceleraron su marcha hacia el borde de la cornisa, mientras cuatro o cinco de ellos rodeaban al compañero muerto, el cual había rodado hasta el fondo de la hondonada.

El extraño silbido que emitían fue creciendo en intensidad, como si aquella fuera la manera de mostrar la furia que los invadía.

El grupo se detuvo, pero Peter les ordenó seguir adelante.

—¡Yo cubro la marcha! —dijo, al tiempo que disparaba su arma contra los extraños ejemplares que tenía más cerca.

Oliver y Mark vacilaron durante un segundo, pero el último tomó la iniciativa.

—Que se quede Carey con Peter —dijo—. Nosotros debemos alcanzar cuanto antes aquel agujero que se ve al fondo.

—Pero...

—¡Es la única esperanza que tenemos, Oliver! ¡Si no conseguimos dominar aquella situación, jamás saldremos vivos de esta cueva!

Oliver no discutió más y Carey se unió a Peter, abriendo fuego contra las avanzadillas de aquella legión de demonios de escamoso cuerpo.

El eco devolvía el ruido de los disparos multiplicándolo por cien, combinándose en confusa barahúnda con los silbidos escalofriantes de los monstruos.

La larga hilera de reptiles llegaba casi hasta las inmediaciones del agujero por el que pretendían escapar nuestros amigos, y todo el empeño de Mark era alcanzar la posición para poder defenderla a tiro limpio.

La aparición de nuevos y asombrosos personajes hicieron que Cis se detuviera en seco, al tiempo que lanzaba un ahogado grito de terror.

—¡Mira, Mark!

De varias de las grandes grietas laterales de la cueva salieron dos extraños pajarracos, capaces de sobrecoger el ánimo de

cualquiera.

Parecían prehistóricos pterodáctilos, pero de una envergadura y potencia muy superior. Sus alas, formadas por una oscura membrana correosa, medían más de cuatro metros y unían sus cuatro patas, las cuales terminaban en poderosas garras.

Mark empuñó con energía el fusil y se dispuso a disparar sobre los nuevos combatientes que entraban en liza pero, por fortuna, éstos se dirigían hacia la manada de reptiles, haciendo caso omiso de los fugitivos.

Con blando y siniestro batir de sus extrañas alas avanzaron hacia el grupo de monstruos que Peter y Carey iban abatiendo con sus disparos y no tardaron en clavar sus acerados picos en la carne de las víctimas.

Mark empujó a Cis y continuaron su carrera.

Por fin, jadeantes y al borde de sus fuerzas, llegaron al extremo de la inmensa cueva, a pocos pasos ya del agujero.

Dos de aquellos reptiles habían conseguido interceptarles el camino y los miraban con sus ojos malignos y fosforescentes.

Los fusiles de Mark y Oliver dispararon ininterrumpidamente durante unos segundos y los dos monstruos rodaron por la pendiente, retorciéndose en la agonía.

—¡Subamos encima de esa roca que hay a la derecha! —ordenó Mark—. Desde ahí podremos rechazar la acometida, manteniendo el paso libre para nuestros amigos.

La roca de referencia estaba situada a la izquierda del boquete y a unos tres metros del mismo.

Entre Mark y Oliver ayudaron a subir a Cis y luego lo hicieron ellos mismos.

Pero aún no estaban asentados en su atalaya cuando un grito escalofriante sonó a sus espaldas.

Peter se volvió sobresaltado y un estremecimiento sacudió todo su ser.

CAPÍTULO II

Lo que sucedía no podía ser más sobrecogedor.

Algunos de aquellos reptiles habían conseguido alcanzar la cornisa de roca, cortando la retirada de Peter y Carey.

El capataz había sido el primero en darse cuenta de ello, pero en aquel momento sufría la acometida de uno de aquellos monstruos.

Intentó disparar contra él, pero las distancias eran muy cortas y falló el tiro. El reptil se lanzó como una flecha sobre él, derribándolo con un cabezazo al estómago.

Un relámpago verdoso centelleó en el momento en que la cabeza del monstruo entraba en contacto con el cuerpo de Carey y éste lanzó un grito ahogado, cayendo al suelo, inerme.

La fiera iba a renovar su acometida pero un certero disparo de Oliver, atravesándole el cráneo, le arrebató la vida.

Nuevas bestias se lanzaron sobre la indefensa víctima, pero el fuego combinado de Mark y Oliver hizo un círculo de muerte alrededor de ellos, abatiendo, uno tras otro, a cuantos reptiles intentaban llegar al cuerpo del capataz.

Peter se daba cuenta de que algo anormal sucedía a sus espaldas, pero no podía dejar de hacer frente, ni un solo segundo, al crecido grupo que lo atacaba a él mismo.

—Tú sigue protegiendo a Carey —dijo Mark a Oliver—; yo dirigiré el fuego hacia el sector de Peter.

Los poderosos reflectores que llevaban adosados a los fusiles rasgaban la oscuridad en continuo movimiento y las armas tronaban incesantemente.

Retrocediendo llegó Peter hasta el lugar donde estaba caído el capataz.

El certero fuego de Oliver había despejado el camino y sobre su cabeza silbaban las diminutas pero eficaces balas que disparaba Mark.

—¡Concentrad vuestro fuego sobre esos demonios que me siguen! —gritó.

Oliver unió sus disparos a los de Mark, creando una línea de defensa ante Peter cuyo precio para atravesarla era la muerte.

Peter se puso el fusil en bandolera, se inclinó sobre Carey y, con un poderoso esfuerzo de sus acerados músculos, consiguió echárselo al hombro.

Con gran rapidez se puso a caminar en dirección a la roca que ocupaban sus amigos, mientras que éstos le despejaban el camino disparando sin interrupción.

Cuando llegó al pie de la roca, Mark le dio una orden.

—¡No te detengas! ¡Métete en ese agujero!

Peter obedeció y fue tragado por la negra oscuridad.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Oliver.

—Coge a Cis y marchad en pos de Peter. Yo cubriré vuestra marcha.

—¿Y qué va a ser de ti? —preguntó Cis, con angustiado acento.

—Os seguiré en cuanto se me presente la primera ocasión.

La hermosa mujer iba a protestar pero Oliver la cogió de un brazo y la obligó a levantarse.

—Vamos, Cis. No tenemos otra solución.

—¡Pero Mark...!

—Le será más fácil proceder sin tener que contar con nosotros.

Con la ayuda de Oliver se descolgó de la roca y en cuatro saltos alcanzó el negro agujero. Oliver la siguió un segundo más tarde.

El hombre iluminó con el reflector de su fusil la oscura oquedad y no tardaron en descubrir a Peter, el cual había penetrado unos cuantos metros.

Un estrecho túnel, de unos quince metros de largo, desembocaba en otra cripta rocosa, de características semejantes a la que acababan de abandonar.

Una vez que llegaron al extremo del túnel proyectaron los haces luminosos en todas direcciones y comprobaron que la nueva cueva estaba totalmente deshabitada.

—Esto será un verdadero descanso —murmuró Oliver.

Peter estaba al borde de sus fuerzas y depositó en el suelo a Carey.

—¡Un paso más y me hubiera desplomado en el suelo! —dijo.

A sus espaldas se oía el ruido de los disparos de Mark, el cual continuaba su infatigable batalla.

Cis se sentó en el suelo y escondió su cabeza entre las manos.

Oliver apenas si se tomó unos segundos de reposo. Empuñó enérgicamente su fusil y se puso de pie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Peter, con voz entrecortada por la fatiga.

—Vuelvo al lado de Mark. Quizás me esté necesitando en este

momento.

—De acuerdo, Oliver. Entre Cis y yo atenderemos a Carey.

Oliver volvió a adentrarse por el estrecho túnel y pocos segundos más tarde unía el rugir de su fusil al de Mark.

—Ayúdame, Cis —dijo Peter—. Veamos lo que podemos hacer por Carey.

El capataz yacía en estado inconsciente y un oscuro color pigmentaba las partes visibles de su cuerpo.

Durante unos minutos lo sometieron a un minucioso reconocimiento. Cuando Peter levantó la cabeza, su rostro mostraba una profunda desesperanza.

—Ha sido electrocutado por el contacto de uno de esos reptiles, ¿no crees, Cis?

La muchacha asintió con la cabeza.

—No podemos hacer nada por él —continuó Peter, con voz emocionada.

Cis contuvo un sollozo y musitó en voz muy baja una oración. Realmente era lo único que podía hacerse por el desdichado capataz.

Pero la situación no permitía sumirse en una abstracción desesperada. De lejos venía el ruido de los disparos de Mark y Oliver, y aquello quería decir que la muerte aún no estaba saciada con la nueva víctima que acechaba.

Dos minutos más tarde, Carey dejaba de existir.

Durante unos minutos, Cis y Peter quedaron inmóviles y sin cruzar una sola palabra, conmovidos por la muerte de aquel semejante, del cual poco sabían, pero que había llegado a ser una parte sustancial de sus propias existencias.

Los sacó de su ensimismamiento el repentino cese del ruido que producían los disparos de Mark y Oliver.

Cis levantó la cabeza y clavó sus ojos interrogantes en los de su amigo.

—¿Qué quiere decir eso, Peter?

El hombre tardó unos segundos en contestar. Aquel repentino silencio podía significar muchas cosas. Quizá significaba que Mark y Oliver habían perdido la partida en su lucha contra los espantosos reptiles.

—Voy a ver —dijo al tiempo que se levantaba.

Cis lo imitó rápidamente.

—No me dejes sola, Peter. ¡Te lo suplico! ¿Qué haría yo sola enterrada en esta profunda sima de la tierra? ¡Llévame contigo!

Peter vaciló un segundo, pero acabó por acceder. Después de

todo no le faltaba razón a Cis. Si había que acabar más valía que acabaran de una vez.

—Está bien, Cis. Vamos.

Se introdujeron en el túnel natural y comenzaron a caminar hacia el otro extremo.

No habían avanzado más de ocho o diez metros cuando un haz de luz, que venía de la dirección contraria, cayó sobre ellos. Fuertes y precipitadas pisadas se fueron acercando.

Cis no tardó en caer en los brazos de Mark, el cual, seguido por Oliver, acababa de dejar la posición que tan heroicamente defendiera hasta aquel instante.

—¿Cómo te encuentras, querida? —preguntó casi al oído de Cis.

—Estoy bien, Mark. ¿Qué sucede?

—Por ahora llevamos ganada la partida —respondió el hombre —. Hemos conseguido frenar a esas fieras y nos será más fácil defender el paso de este túnel.

Fueron retrocediendo hasta llegar al sitio donde yacía Carey.

—¿Cómo está Carey? —preguntó Mark.

—Ha muerto —dijo brevemente Peter.

—¿Muerto?

—Sí. Esos endemoniados monstruos, al igual que ciertos peces de las profundidades marinas, pueden lanzar poderosas descargas eléctricas, capaces de matar a un hombre. El profesor Taylor tuvo mucha suerte de no perecer cuando sufrió la acometida de uno de estos reptiles.

Mark se arrodilló junto al capataz y lo miró largamente. El desdichado tenía los ojos desmesuradamente abiertos como si se hubieran querido salir de las órbitas al ver venir a la muerte.

Mark alargó una mano y los cerró piadosamente.

—¡Que Dios lo haya recibido en su seno! —dijo.

Mientras tanto, Oliver no perdía de vista la entrada del túnel, dispuesto a dar la voz de alarma en cuanto una de aquellas bestias hiciera su aparición.

Pero fue pasando el tiempo y nada sucedió que viniera a turbar la situación.

—Debemos alejarnos de aquí cuanto podamos —dijo Mark al cabo de este tiempo—. Ésta es una buena situación para defendernos de la acometida de esos repugnantes reptiles, pero no resuelve nuestro problema.

Todos estuvieron de acuerdo con aquellas palabras, pero tenían que hacer algo antes de emprender la marcha.

—Debemos enterrar a Carey —insinuó Cis.

—Mark y yo podemos encargarnos de eso —respondió Peter—. Oliver que continúe vigilando la entrada del túnel.

Entre los dos hombres arrastraron el cadáver del infortunado capataz hasta una de las paredes de la cueva y comenzaron a aproximar gruesas piedras, hasta construir con ellas un receptáculo, en el interior del cual depositaron el cadáver de Carey.

La ceremonia fúnebre fue muy breve, pero llena de un intenso dramatismo. Rezaron una oración por el eterno descanso del honrado capataz y se dispusieron a continuar la marcha.

Oliver, mientras tanto, no había perdido de vista su objetivo, con el fusil presto para entrar en acción.

En la cueva que abandonaran algún tiempo antes se oía un confuso rumor en el que se mezclaban los sordos silbidos de los monstruosos lagartos con el batir de alas de los gigantescos pajarracos.

—Deben ser enemigos irreconciliables esas dos especies —comentó Oliver cuando se acercaron sus amigos—. Parece como si estuvieran en lucha.

—Vayámonos cuanto antes de aquí —suplicó Cis.

Mark recogió el fusil y la linterna de Carey y se los entregó a Cis.

—Tienes que armarte de valor, querida —le dijo al tiempo que le entregaba ambas cosas.

—¡Después de todo aún estamos vivos! —intentó sonreír Peter.

Pero sus palabras apenas si encontraron eco entre sus compañeros. Era cierto que aún vivían, pero ¿por cuánto tiempo continuaría esta situación?

Enterrados en vida, vagarían por aquellos inmensos subterráneos hasta que la muerte viniera a liberarlos de tan horrorosa situación.

Grandes grietas se abrían en las paredes de la cueva, dando paso a otros túneles y galerías.

—En marcha —dijo Mark.

El pequeño grupo se puso a caminar pesadamente. Cualquiera de los caminos que se abrían ante ellos conducía a lo desconocido. Con indiferente fatalismo se dirigieron hacia una gran grieta que tenían a su izquierda y fueron tragados por ella como si se tratara de la voraz boca de un gigante ciclópeo.

CAPÍTULO III

Durante dos días continuó la marcha por las socavadas entrañas de la Tierra.

Un mundo fantástico y sin esperanza desfilaba ante los ojos de la pequeña comitiva, con sus aristas de roca y las multicolores vetas de los metales que afloraban a la misma superficie pétrea.

Las formas caprichosas de los salientes adoptaban, a veces, el aspecto de una cara, cuya desdentada boca parecía contraerse en un rictus sarcástico al paso desesperado del reducido grupo.

Dos días que parecieron infinitos transcurrieron durante la penosa marcha; descansando sobre el duro suelo y sin la más remota esperanza de llevar al agotado organismo el menor alimento con qué reponer las fuerzas.

Aquella región de nuestro planeta estaba cruzada por numerosas galerías que, de vez en cuando, se ensanchaban formando grandes cuevas de altísimo techo y desmesuradas proporciones.

Los forzados expedicionarios hablaban poco y expresaban con una mirada o un apretón de manos los distintos sentimientos que les embargaban.

Cis procuraba soportar con entereza la situación y Mark se mostraba firme y sereno para darle ánimos, aunque en el fondo de su corazón se hacía la misma pregunta que los demás: ¿Para qué seguir caminando? ¿Qué esperanza podía brindarles su fatigoso peregrinar por las entrañas de la Tierra?

Una serie de confusas ideas dominaba su espíritu, no concediéndole descanso ni en los momentos que se detenía para reposar. Por una parte estaba convencido de que aquella red de galerías y grandes cuevas debía tener una comunicación con el exterior. ¿De dónde si no venía aquella atmósfera tan respirable como la de la superficie terrestre?

Aquella serie interminable de grandes cavidades debió producirse en una época geológica que tuvo lugar hacía cientos de miles o quizá millones de años. Probablemente la época de los grandes reptiles prehistóricos, de los que eran una muestra los horribles lagartos contra los que habían combatido y cuya ferocidad

costara la vida a Carey.

Pero también era cierto que el lugar se encontraba en el fondo del océano Atlántico y a varios miles de kilómetros de la tierra firme.

Aun en el supuesto de que aquella red de galerías llegara a comunicarse con el exterior, la empresa de recorrer aquellos miles de kilómetros resultaba totalmente imposible. El hambre y el agotamiento acabarían con ellos mucho antes de que hubieran conseguido recorrer ni una décima parte del camino.

Quizá los otros expedicionarios pensaban lo mismo, pero nadie se atrevía a manifestar en voz alta sus temores y su impulso vital los empujaba a seguir caminando contra toda esperanza.

Por fortuna, las modernas linternas y los reflectores de los fusiles tenían carga para varios meses y ello les permitía iluminar el camino por el que avanzaban.

Tampoco era despreciable la consideración de que aquellas armas reunían en total varios miles de proyectiles, pues éstos eran muy pequeños pero de gran poder de penetración.

En alguna ocasión les pareció ver que algo se movía en la oscuridad, acechándoles, y, por dos veces vieron volar extraños pájaros, restos indudables de las especies prehistóricas.

En uno de los altos que hicieron, se sentaron con la espalda apoyada contra la pared y permanecieron durante unos minutos sin cruzar la menor palabra.

Oliver se levantó y comenzó a husmear por los alrededores, eligiendo el camino por el cual tendrían que continuar su marcha.

De pronto comenzó a reírse convulsivamente, haciendo que las paredes rocosas devolvieran el eco escalofriante de sus carcajadas.

Mark y Peter se miraron.

—¿Qué le sucede a Oliver? —preguntó el segundo.

—Diría que se ha vuelto loco —murmuró Mark.

—Así acabaremos todos —rezongó su amigo.

—¡Eh, venid! ¡Venid aquí! —gritó Oliver.

Los dos amigos, se levantaron y fueron aproximándose a Oliver.

—No creáis que estoy loco —dijo éste—. No he podido contener la risa al ver el sarcasmo con que se burla de nosotros el destino.

—¿Qué es lo que te pasa, entonces? —preguntó Mark.

—¡Mirad esa pared!

Mark y Peter miraron el trozo de pared rocosa que iluminaba la linterna de su amigo y no pudieron evitar una exclamación de sorpresa.

—¡Es oro! —dijo Mark.

—¡Menudo filón! —ponderó Peter.

Efectivamente; sobre el rojo oscuro de la pared de la cueva resaltaba una gran veta amarillo-verdoso, la cual arrancaba del suelo y se perdía en lo más alto de la cueva.

—¡Se podría arrancar con las manos! —exclamó Peter.

—Eso es lo que ha provocado mi hilaridad —dijo Oliver—. Con el oro que pudiésemos arrancar en una hora, sin otros utensilios que nuestras manos, se podría comprar un rebaño entero de vacas y, sin embargo, ¡no nos vale ni para adquirir un mal bistec!

—No sé si reírme como tú o echarme a llorar —respondió Peter —. Parece como si el destino se complaciera en burlarse de nosotros.

—He ahí un ejemplo de lo que son las vanidades humanas —terció Mark con amarga sonrisa—. ¡Ni todo el oro del mundo nos valdría ahora para nada!

—Quizá hicimos mal en no probar la carne de lagarto —insinuó Peter—. Ciertos pueblos aborígenes lo comen como manjar suculento.

La idea estaba llena de sentido común, pero ello no evitó que tanto Mark como Oliver sintieran náuseas sólo de pensarlo.

—Si no hay otra cosa mejor en el menú que puedas ofrecernos, creo que preferiré morirme de hambre —respondió Mark.

Aquellas palabras habían sido pronunciadas con cierto aire jovial, pero no por ello dejaron de llevar a los tres hombres a la angustiosa realidad.

La posibilidad de morir de hambre era tan evidente que un estremecimiento les sacudió nerviosamente.

Cis se había recostado sobre la pared y parecía dormir, al margen de la conversación que sostenían los tres hombres.

—Ahora que no nos oye Cis. ¿Qué opinas de todo esto, Mark?

Peter había formulado la pregunta con la breve seriedad con que un hombre trata de las cosas que son trascendentales.

—Para qué vamos a engañarnos, amigos. Nuestra situación es tan desesperada que no tiene salida.

—¿Para qué, pues, continuar esta terrible marcha? —intervino Oliver—. Mejor sería abandonarnos a nuestra suerte, hasta que la muerte venga a visitarnos.

—No podemos hacer semejante cosa —respondió Mark—. Debemos alimentar en el corazón de Cis esta ilusoria esperanza. ¿Seríais capaces de soportar su mirada mientras espera a la muerte?

—Opino lo mismo que Mark —intervino Peter—. Está bien que hablemos entre nosotros con toda franqueza, pero ¿para qué

fomentar la desesperación de Cis? Dios no nos ha concedido morir rápidamente y debemos soportar con entereza la larga agonía que nos espera.

—Tenéis razón. Nuestro único y verdadero objetivo es hacer más llevadera la situación a nuestra valerosa compañera.

—Ahora descansaremos unas horas y continuaremos nuestra marcha. Estas galerías se prolongan probablemente durante cientos o miles de kilómetros. Caminaremos hasta que las fuerzas nos abandonen.

—¿Cómo crees posible que la corteza terrestre se encuentre socavada de semejante manera? —preguntó Peter.

—La Tierra aún guarda muchos secretos para los hombres —respondió Mark—. Hemos explorado su superficie y nos hemos elevado por encima de la atmósfera terrestre; sin embargo, nada conocemos de su interior. Apenas si se ha profundizado unos cientos de metros y eso sólo en algunos sitios.

—Pero las edades geológicas...

—Sobre eso hay mucho que discutir, Oliver —continuó Mark—. Sabemos algo de lo que sucede a unos cuantos metros de la superficie. Lo demás son suposiciones, mal fundadas en la mayoría de los casos. Es esto tan cierto como que aún no se han puesto de acuerdo los científicos respecto a la duración de las edades geológicas. Y en cuanto a la misma edad de la Tierra... las diferencias entre unos y otros tratadistas ha diferido en muchos millones de años durante bastante tiempo.

—¿Y cómo ha podido llegarse a una conclusión?

—Son las materias radiactivas las que han dado la clave —respondió Mark—. Hoy se conoce el tiempo que tardan estas materias en perder la mitad de su masa, hasta convertirse en plomo por medio de la desintegración espontánea. Estudiados los yacimientos de plomo y los que aún hay de materiales radiactivos es posible llegar a una conclusión aproximada de la época en que se originó el mundo.

—¡Somos ricos y sabios, pero nuestro estómago continúa vacío! —exclamó Oliver, esforzándose por sonreír.

Mark se encogió de hombros con fatalismo y comenzó a caminar hacia el lugar donde reposaba Cis.

—Aún es peor la sed —rezongó Peter—. ¡Daría todo ese oro que tenemos al alcance de la mano por un modesto vaso de agua!

Oliver miró su reloj y sonrió amargamente.

—Son las diez y quince minutos —dijo—. Pero no puedo decir si lo son de la noche o de la mañana.

—A mí me da igual. Lo único que sé es que voy a dormir unas cuantas horas, porque me encuentro completamente agotado.

Los dos amigos siguieron en pos de Mark y no tardaron en acomodarse en el duro suelo.

—¡Cómo echo de menos la hora de levantarme para ir al trabajo! —suspiró Oliver.

—¿No querías unas vacaciones? —sonrió Peter—. ¡Ahora puedes descansar cuanto quieras! Hasta tienes la oportunidad de ir a pasar una agradable velada con los lagartos que dejamos a nuestras espaldas.

Oliver iba a contestar al macabro humor de su camarada, pero un gran bostezo se lo impidió. Apoyó su cabeza sobre un saliente y no tardó en quedarse dormido.

Peter no tardó en imitarle y Mark tardó algo más. Durante un buen rato estuvo contemplando el rostro adorable de Cis. ¡Era un verdadero sarcasmo haber encontrado el amor cuando estaban a punto de perder la vida!

Pero la fatiga pudo más que sus pensamientos y acabó por quedarse dormido.

CAPÍTULO IV

Tres días más duró aquella fatigosa marcha.

Mark tenía la sensación de que fueran topos que horadaran las entrañas terrestres.

La situación se hacía insostenible por momentos y la sed los devoraba, al extremo de hacer que su avance fuera muy lento y se arrastraran penosamente por el suelo.

Cis era la que más sufría por la sed y caminaba con el auxilio de Mark, con la mirada enfebrecida y brillante y mascullando palabras incoherentes.

El aspecto de los cuatro no podía ser más lastimoso. Habían enflaquecido y sus ojos estaban orlados por profundas ojeras.

En las últimas veinticuatro horas no habían cruzado ni una sola palabra y más bien parecían autómatas que personas humanas.

Oliver caminaba unos metros delante y ni siquiera volvía la cabeza para ver si le seguían sus compañeros.

A veces caía al suelo y se laceraba con las aristas vivas de las rocas pero, al igual que los demás, se había vuelto insensible al dolor y no prestaba la menor atención a las múltiples heridas que cubrían su cuerpo.

De pronto, se desplomó en el suelo y quedó inmóvil.

—¿Qué le sucede a Oliver? —preguntó Peter.

Mark dejó en el suelo a Cis y se arrastró hacia su amigo.

Con gran esfuerzo le pudo dar la vuelta y comprobó que Oliver estaba sin conocimiento.

Sus ojos permanecían semiabiertos y tenía los labios resecos y escamosos. Una respiración entrecortada le agitaba el pecho y, de vez en cuando, abría desmesuradamente la boca, como si quisiese aspirar mayor cantidad de aire.

—Acércate, Peter —dijo Mark con voz débil.

El aludido hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió arrastrarse hasta el patético grupo que formaban sus dos compañeros.

—¿Qué le sucede a Oliver? —preguntó Mark.

Peter inclinó su rostro sobre el de su amigo y le estuvo observando durante unos segundos.

—¿Comprendes lo que le pasa? —preguntó Mark.

Peter tardó algunos segundos en contestar. Miró fijamente a Mark y, por fin, dijo:

—Se muere, Mark. Eso es sencillamente lo que le pasa.

—¿Pero...?

—Ésa es... la verdad —jadeó Peter.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Mark, cuya voz temblaba de rabia e impotencia.

—¿Qué podemos hacer por nosotros... mismos? —respondió Peter.

—¡Pero verle morir...!

—Se muere de sed —continuó Peter—. Se trata de un «shock» por deshidratación.

Durante unos minutos guardaron silencio.

Oliver continuaba en aquel estado y su respiración fatigosa dejaba escapar un leve silbido, producto de la sequedad de su garganta.

Peter se puso de pie y comenzó a gritar palabras incoherentes, al tiempo que se lanzaba contra las paredes de la cueva y las golpeaba furiosamente con sus puños.

—¡Maldita ratonera! —gritó finalmente—. ¡Desplomaos sobre nosotros! ¡Desplomaos de una condenada vez!

Los puños comenzaron a sangrarle, pero Peter continuó golpeando, insensible al dolor.

Mark quería intervenir, pero sus fuerzas eran muy escasas y apenas si podía levantarse del sitio en que estaba tendido.

Finalmente logró reunir todas sus fuerzas y se puso en pie.

Con paso vacilante llegó hasta su amigo e intentó apartarlo de aquella pared.

—¡Maldita Tierra, que te has convertido en nuestra cárcel! —gritaba Peter.

—¡Vuelve en ti, Peter! —gritó Mark.

—¿Para qué seguir luchando? ¿Para qué?

Mark reunió todas sus fuerzas y consiguió apartar a Peter de aquel sitio.

El médico fue dominándose y se dejó caer en el suelo.

—Tranquilízate, Peter —dijo dulcemente Mark—. Tranquilízate.

—No quiero verlo morir —murmuró Peter, conteniendo un sollozo—. No quiero verlo morir, Mark. ¡Ni quiero veros morir a ti y a Cis!

Mark no pudo contestar nada. No había ninguna exageración en las palabras de su amigo. La muerte estaba ya muy cerca para todos. Cis hacía mucho tiempo que deliraba y Oliver agonizaba a

pocos pasos de distancia.

Pocos hombres se habían visto en una situación tan angustiosa.

Algunas de las primeras expediciones a los polos terrestres se habían visto en un trance semejante. Mark recordaba haber leído que, en ocasiones, habían llegado a devorarse entre sí los exploradores.

Inconscientemente hizo un vago gesto con la mano, como si con él quisiera alejar de sí aquellos pensamientos.

Peter se había tendido en el suelo y tenía cerrados los ojos. Al cabo de un rato los abrió y miró a su amigo.

—Discúlpame, Mark. Pero es que esto es capaz de enloquecer a cualquiera.

—Te comprendo, Peter. Tampoco a mí me resulta fácil soportarlo.

Peter hizo un esfuerzo y se aproximó donde estaba Cis.

—¿Cómo la ves, Peter?

El médico movió la cabeza con gesto pesimista.

—Le sucede lo mismo que a Oliver. Ambos podrían resistir cinco o seis días más el hambre, a base de consumir las propias reservas de grasa del organismo, pero la sed es de efectos más rápidos.

El mismo Mark se daba cuenta de que él también estaba siendo víctima del mismo mal. Los oídos le zumbaban y experimentaba extraños fenómenos en la visión.

Se tendió junto a Cis y le acarició la mano con gesto de impotencia.

Peter se había arrastrado hasta Oliver y lo observaba ávidamente.

Cuando Mark apoyó el oído en el suelo, la tierra le transmitió un rumor que parecía venir de lejos.

¿Qué podría significar aquel ruido? ¿Acaso el lejano rumor de un terremoto como aquél que los había aprisionado en las entrañas de la tierra? ¿O se trataba de una alucinación auditiva, producto de su extrema debilidad?

Aunque quiso despreocuparse de aquello no lo consiguió. El vago rumor llegaba perceptiblemente a su oído y mantenía una intensidad constante.

No podía ser un terremoto, pues hubiera crecido o decrecido en su intensidad. ¿Qué explicación darle entonces?

De pronto, sintió que el corazón se le aceleraba y se incorporó con gesto maquinal.

—¡Peter! —gritó.

El médico se volvió y miró con extrañeza a su amigo.

—¿Qué sucede, Mark?

—¡Agua! —exclamó Mark.

Se puso en pie y comenzó a caminar hacia una galería que se abría en el extremo Oeste de la gruta.

Peter se levantó e intentó cortarle el paso.

—Tranquilízate, Mark.

—Estoy seguro de que es agua.

—¿Dónde está el agua? ¿No comprendes que es una alucinación?

—No, Peter. Estoy seguro de que cerca de aquí pasa una corriente subterránea.

Los dos hombres forcejearon durante unos segundos, pues Peter estaba convencido de que su amigo sufría un ataque de delirio.

—Te digo que lo he oído, Peter. Tú mismo puedes escuchar el rumor del agua.

—Tranquilízate y luego hablaremos del asunto.

—Te aseguro que me encuentro bien. Aplica tu oído al suelo y podrás percatarte de lo que digo.

Peter lanzó una larga mirada a su amigo y pareció convencerse de que no estaba delirando.

Lentamente se dejó caer a tierra y aplicó el oído.

Los ojos del médico se iluminaron con un súbito relámpago.

—¡Tienes razón, Mark! ¡Ese rumor podría ser el de una corriente subterránea!

Los dos amigos se miraron y un brillo de esperanza apareció en sus ojos.

—¡Hemos de localizar cuanto antes la corriente! —ordenó Mark.

—No debe estar muy lejos de aquí. Vamos, Mark.

Reuniendo fuerzas de flaqueza comenzaron a caminar hacia la abertura que tenían a la izquierda.

Aunque avanzaron poco, tantearon palmo a palmo el terreno, en busca de una señal inconfundible que les permitiera llegar hasta la corriente de agua.

Media hora más tarde desembocaron en un ancho túnel, por cuyo suelo discurría plácidamente una considerable corriente de agua.

—¡Agua! ¡Agua! —gritaron los dos hombres, a la vista del cristalino elemento.

Mark iba a zambullirse en el ansiado líquido, pero Peter lo detuvo.

—No debemos precipitarnos. Una ingestión demasiado rápida

de una buena cantidad de agua podría afectar nuestra tensión arterial y producirnos un accidente grave.

—Tienes razón. Por un momento había olvidado toda precaución.

—Nos sumergiremos en el agua para que nuestra reseca piel adquiera un mayor grado de humedad y beberemos poco a poco.

Los dos amigos procedieron según recomendaba Peter, y poco a poco, fueron apagando el fuego que ardía en sus entrañas.

Como por ensalmo comenzaron a sentir que les renacían las fuerzas y su mirada opaca se hizo brillante y animosa.

—¡Esto es una verdadera bendición del cielo! —exclamó Peter, cuyo optimismo iba renaciendo.

—Tendremos que damos prisa en volver junto a Cis y Oliver, si es que queremos llegar a tiempo todavía.

—Reconozco que soy un egoísta. ¡Casi me había olvidado de ellos!

—Llenaremos nuestros cascos de agua y volveremos a su lado. Nos podemos iluminar con las linternas de mano.

—Lo ideal hubiera sido que los trajésemos hasta aquí, pues con ellos aún debemos ir con mayor cuidado para evitarles un accidente mortal.

—Les daremos sólo una pequeña cantidad de agua para que reaccionen y luego les ayudaremos a venir. ¿No crees que es lo mejor que podemos hacer?

—Sí. Después de todo no tenemos fuerzas suficientes para cargar con ellos en el estado que se encuentran. Una pequeña dosis les permitirá reaccionar un tanto.

Llenaron sus cascos con el preciado líquido y emprendieron el camino de regreso.

Al llegar a la gruta donde estaban Cis y Oliver, Mark miró con ansiedad los dos cuerpos que yacían inmóviles en el suelo y pudo comprobar que aún respiraban.

—Encárgate de Oliver tú, Peter. Yo me encargaré de Cis.

—De acuerdo. Pero no lo olvides: dale el agua muy poco a poco.

Mark se arrodilló junto a la mujer y comenzó a mojarle los labios con infinita dulzura.

CAPÍTULO V

El feliz hallazgo del agua fue una momentánea panacea para el reducido grupo de seres.

Grande era la debilidad que sentían por los muchos días que llevaban sin comer, pero la muerte inminente retrocedió y siguió acechándoles algo más lejos.

En veinticuatro horas estuvieron restablecidos Cis y Oliver, hallándose en condiciones de continuar el viaje.

La corriente del río subterráneo dejaba amplios márgenes a sus orillas y por ellos caminaron de nuevo.

La marcha no tenía una meta definida, pero cualquier cosa era preferible a esperar impasibles la muerte.

El hambre era tan atroz que Mark recordó con añoranza los terribles lagartos muertos.

—Es curioso —decía a su amigo Peter, con el cual caminaba en vanguardia— con qué facilidad cambia el ser humano de parecer.

—¿A qué viene eso? —preguntó sorprendido el médico de la expedición.

—Hace poco pensaba con invencible repugnancia en los lagartos muertos. Ahora me parecen un bocado suculento.

—Todo irá bien mientras no se te ocurra considerar lo excelente que debe ser un filete de mis pantorrillas —sonrió Peter.

—Es una posibilidad que no se me había ocurrido —contestó en el mismo tono Mark—. La tendré en cuenta para más adelante.

—Creo que nos podríamos poner de acuerdo sobre ese punto —sonrió Oliver que había escuchado el breve diálogo—. No sería un mal menú comer una buena ración de médico a la plancha.

—¡Que el diablo os lleve, condenados! —gruñó Peter—. Estoy tan delgado que no sacaríais ni para un mal desayuno.

De aquella manera procuraban sobrellevar animosamente su triste situación. Cierto que ya no tenían que preocuparse por el agua, pero el hambre continuaba siendo su fiel compañera y más pronto o más tarde acabaría ganando la partida.

Al atravesar una de las grutas, a lo largo de las cuales se deslizaba el río, Oliver llamó la atención de sus amigos sobre algo que había en uno de los rincones.

—¡Eh, Peter, Mark! ¡Mirad lo que hay aquí!

—No se tratará ahora de una mina de esmeraldas —rezongó Peter—. ¡Por ahora me sobra con el oro que descubrimos hace algunos días!

—No es eso —dijo Oliver—. Mirad.

Los dos hombres y la mujer se acercaron a Oliver y pudieron ver cuál era el objeto de la curiosidad de su amigo.

Las aguas del río, en alguna de sus avenidas, habían disuelto la tierra en cierto sector de una de sus orillas y, medio emergiendo de las mismas, podían verse hasta dos docenas de amarillentas osamentas.

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros —dijo asombradamente Oliver—. ¿Qué camino seguirían para llegar a este lugar?

Peter observó con detenimiento aquellos restos humanos y dio su parecer.

—No es que vinieran por su pie hasta las profundidades terrestres —dijo—. Se trata de un poblado prehistórico, el cual fue tragado por la tierra en el gran cataclismo que produjo este hundimiento.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Oliver.

—Basta observar esos cráneos para saber que pertenecen a especies prehistóricas del «homo primigenius». Observa la poderosa mandíbula y esa especie de reborde que tienen sobre el cráneo.

—¿Entonces son nuestros «abuelos»? —preguntó Oliver.

—Di más bien los «padres» de nuestros «abuelos». El desarrollo de esa mandíbula indica que aún eran seres de poca inteligencia.

—¿Y por qué indican eso? —preguntó Mark.

—Es muy sencillo —respondió Cis, tomando la palabra.

—Confieso que no es mi fuerte la Antropología —repuso Mark.

—Esos hombres —continuó Cis— tenían tan desarrollada la mandíbula porque se servían de ella para la mayoría de sus actividades sociales. Con tan poderosas mandíbulas desgarraban los alimentos, cortaban las pieles con que se cubrían y hasta mataban a sus presas de pequeño tamaño.

—¡Necesitarían unos buenos músculos maxilares para hacer todo eso! —ponderó Oliver.

—Ahí está el secreto de la cuestión —intervino Peter—. Sus músculos maxilares eran poderosísimos; aprisionaban el cráneo e impedían que éste se desarrollara para dar cabida a un cerebro de mayor tamaño. Ello hacía que esta raza de hombres estuviera muy

atrasada.

—¿Y cómo fue que evolucionaron? —preguntó Oliver.

—La evolución se hizo posible en cuanto aprendieron, a lo largo de muchas generaciones, a utilizar las manos. Entonces hicieron todos estos trabajos con las mismas, debilitando los músculos maxilares, aumentando la capacidad de su cráneo y desarrollando cerebros de mayor tamaño. Así surgió la nueva raza de Neandertal, de la cual, sobre poco más o menos, descendemos nosotros —concluyó Peter.

—He ahí una bonita lección de Antropología, que no creo nos sirva de mucho —sonrió Oliver.

—Es también interesante la forma que tenían de enterrar a sus muertos esos hombres —intervino Cis—. Como veis están todos en cuclillas. Eso es porque los enterraban atados con las rodillas contra el pecho y los brazos pegados a los costados.

Durante unos minutos estuvieron merodeando por aquel lugar y encontraron algunos utensilios de piedra, de los cuales se habían servido aquellos fríos moradores de la caverna.

Sobre las rocas se veían algunos trozos fragmentarios de pinturas, donde se representaban heterogéneos animales, todos ellos pintados en rojo oscuro, azul y negro.

—He aquí un pasado y un presente que empiezan a darse la mano —dijo Oliver—. ¡Nosotros ni siquiera disponemos de los medios de que dispusieron ellos!

La conversación comenzaba a marchar por pesimistas derroteros y Mark prefirió cortarla.

—Continuemos nuestra marcha —dijo—. Tengo ganas de ver a dónde nos conduce este río.

Tres horas caminaron sin detenerse apenas para venir a encontrarse en un callejón sin salida.

El túnel iba estrechándose paulatinamente hasta convertirse en una angosta garganta, cortada por un muro vertical que descendía de la misma bóveda.

Un oscuro agujero, casi totalmente cegado por las aguas, prolongaba el cauce del río subterráneo, hundiéndolo en las profundidades desconocidas e inaccesibles.

Aquel imponderable obstáculo significaba el fin de las esperanzas de los desdichados aventureros.

—¡Ya no podemos continuar nuestra marcha! —exclamó Cis.

—No cabe duda de que esto significa el fin de nuestro viaje —murmuró Peter.

Oliver se había dejado caer pesadamente en el suelo y Mark

miraba la muralla que les cerraba el paso y que era atravesada por el río, el cual se perdía entre las paredes de roca produciendo un sordo e imponente ruido.

Nuestro amigo miró durante unos minutos los alrededores para convencerse de que no había ningún nuevo camino a seguir.

—Sí —confesó desalentado—; aquí acaba nuestra inútil marcha.

—¿Volveremos atrás? —preguntó Oliver.

—¿Para qué? —respondió Mark, abatido por un profundo desaliento.

—¿Para qué? —dijo Peter como un eco—. Ya sabemos lo que hay detrás de nosotros y de nada habría de servirnos el volver sobre nuestros pasos. ¿O es que piensas dedicarte a la explotación del filón de oro que descubrimos? Yo no tengo inconveniente en renunciar a mi parte en favor tuyo —concluyó con amarga sonrisa.

Decididamente estaba perdida la partida.

Se sentaron en el suelo y contemplaron durante largo rato el tumultuoso sumirse de las aguas por el negro agujero, del cual apenas si quedaba al descubierto poco más de unas pulgadas.

—Siempre me ha gustado tener una casita junto al río para pasar los últimos días de mi vida —dijo Peter—. ¿Qué os parece si nos establecemos aquí? El terreno es barato.

—Además tenemos la ventaja de que no pagaremos impuestos —repuso Oliver—. Creo que me asentaré aquí para el resto de mis días.

Mark agradeció con una mirada la entereza con que tomaban la situación sus dos amigos, aunque sabía lo que aquello quería significar.

Varias veces habían escapado de la muerte y nunca la esperanza había abandonado totalmente sus corazones, pero ahora...

Volver atrás ya no tenía objeto. Mejor era asentarse en aquel sitio y esperar a que terminase todo.

—No me parece mal el sitio —dijo—. El murmullo del agua es agradable.

Cis estaba muy impresionada y se puso a dar un pequeño paseo para calmar su nerviosismo.

—Ten cuidado, querida —le dijo Mark acercándose—. La franja de terreno es muy estrecha y podrías caer al agua al menor traspié.

La mujer elevó sus bellísimos ojos hasta los de su amado y una amarga ironía apareció en ellos.

—¿Crees que importaría mucho? —preguntó.

Mark no pudo contenerse y la atrajo hacia sí con un apretado

abrazo.

—¡Amor mío! —musitó a su oído.

Cis le ofreció sus labios y Mark la besó apasionadamente.

—¡Daría mi vida por evitarte este sufrimiento!

—Tu vida ya me pertenece, de igual manera que la mía te pertenece a ti, Mark —sonrió la hermosa mujer—. Dios no quiere que se prolongue mucho este idilio para que nuestro amor se conserve en toda su pureza hasta el fin.

Los dos amantes se sentaron en el suelo y se miraron apasionadamente a los ojos.

Durante largo tiempo permanecieron en silencio, sin necesitar pronunciar una sola palabra para decirse cuánto sentían sus corazones.

Al cabo de este tiempo fue Cis la primera en romper el silencio.

—Resulta maravilloso, Mark.

—¿Qué es lo que resulta maravilloso? —preguntó éste sorprendido.

—Que ya no tengo miedo —respondió Cis.

—Me alegro de que sea así —respondió Mark, estrechándola sobre su pecho.

—Es como si ya se hubiera cumplido mi destino y nada más de lo que pueda suceder tuviera importancia. El destino de toda mujer es ser amada y yo lo soy.

—¡Con toda mi alma te amo! —respondió Mark en voz baja y apasionada.

—Entonces no nos quejemos de nuestro destino y esperemos los acontecimientos con resignación.

Aquellas palabras aliviaron la pesadumbre de Mark y sintió que una extraña felicidad le invadía.

—A pesar de todo, jamás había sido tan feliz como en este instante, querida —confesó.

—Vayamos al lado de nuestros amigos —propuso Cis—. Ellos están solos, íntimamente solos, y necesitan de nuestra compañía, ¿no te parece, Mark?

—Sí, aún podemos darles un poco de nuestra serena felicidad con nuestra presencia.

Cis volvió a ofrecerle sus labios y Mark la besó apasionadamente, convencido de ser la última vez que podría gozar de la amorosa caricia que le brindaba la maravillosa mujer que tenía a su lado.

—Vamos —dijo sencillamente Cis.

Mark se puso de pie y la ayudó a levantarse.

—No volvamos a pensar en la muerte —le dijo—. Debemos gozar de cada minuto que nos queda.

Cis sonrió y empujó dulcemente a su amado para que abriera la marcha, pues la franja de terreno sobre la que estaban no permitía que caminaran juntos.

Peter y Oliver estaban sentados en el suelo y sus miradas se perdían en un punto indeterminado de las aguas que discurrían bajo sus pies.

Mark comenzó a caminar, pero no había avanzado más de dos o tres pasos cuando un grito a sus espaldas le hizo volverse con presteza.

El grito lo había lanzado Cis, la cual había dado un traspié y se balanceaba en inestable equilibrio sobre la corriente tumultuosa del río subterráneo.

Dio un salto e intentó sujetarla, pero no consiguió otra cosa que verse arrastrado por su caída, hundiéndose los dos en las espumantes aguas.

Peter y Oliver habían vuelto la cabeza al escuchar el grito y vieron horrorizados cómo las aguas arrastraban los dos cuerpos hacia el negro boquete en que eran tragados por la profunda sima que se abría en la roca.

El primero en reaccionar fue Peter, el cual se levantó del suelo y corrió al encuentro de los dos seres, que avanzaban empujados por la corriente.

Mark había conseguido coger a Cis y la mantenía a flote con dificultad.

—¡Necesito una cuerda! ¡Una cuerda! —gritaba Peter casi inconscientemente.

Pero sólo un milagro hubiera podido resolver el problema, pues ninguno de los que formaban el grupo llevaba ninguna.

Durante unos segundos caminó por la orilla, siguiendo la trayectoria que llevaban sus amigos.

—¡Espera, Peter! ¡Mi camisa! —gritó Oliver, al tiempo que se levantaba y comenzaba a desprenderse de la prenda.

Pero ya era demasiado tarde para intentar nada. La corriente había arrastrado a Cis y a Mark hacia el centro de la masa de agua, separándolos de la orilla más de cinco metros.

Mark luchaba con las últimas fuerzas de la desesperación pero incapaz de dominar la potencia de la corriente que los aprisionaba con garras de acero.

Cada vez estaban más cerca del oscuro agujero y no tardarían más de diez segundos en ser tragados por el mismo.

Peter no pudo ver impasiblemente cómo tal cosa sucedía. Tomó una breve carrera y se lanzó en medio de la vertiginosa corriente, yendo a parar junto a sus dos amigos.

Su llegada fue un formidable refuerzo para Mark y, durante tres o cuatro segundos, pareció que iban a conseguir acercarse a la orilla. En otras circunstancias habrían vencido en la empresa, pero el prolongado ayuno había debilitado mucho sus fuerzas y la tensión de sus músculos no podía durar durante mucho tiempo.

Poco a poco fueron perdiendo terreno y la corriente se impuso de nuevo, tirando de los tres con fuerza.

Inútilmente Oliver intentó que se asieran a una de las mangas de su camisa. La corriente ya era dueña de los tres náufragos y no tardó en precipitarlos hacia el túnel que habían socavado las aguas, por el cual fueron engullidos.

—¡Mark! ¡Cis! ¡Peter! —gritó Oliver en el colmo de su desesperación—. ¡No quiero quedarme solo! ¡Volved! ¡Volved!

Durante unos segundos paseó nerviosamente por la orilla mientras su garganta gritaba con desesperación el nombre de sus compañeros.

—¡No me dejéis, amigos! ¡No me dejéis solo!

Sus ojos desorbitados recorrieron el estrecho túnel que habría de ser su sepulcro y su corazón sintió todo el horror de la soledad en que se quedaba.

Por fin se decidió. Dio un paso atrás horrorizado, pero su propio espanto lo empujó hacia las aguas y no tardó en lanzarse a la corriente.

Un segundo más tarde era devorado por el angosto túnel por el cual habían desaparecido sus tres compañeros.

La gruta quedaba de nuevo solitaria. Tan solitaria como había estado durante millones de años. Habitada solamente por el fragoroso rumor de aguas tumultuosas.

CAPÍTULO VI

Mark continuó abrazado a Cis cuando el túnel los engulló con insaciable voracidad.

La mujer casi había perdido el conocimiento y no hacía nada por desasirse de aquel abrazo.

Quizás en el fondo de su conciencia se percataba de que aquél era el último viaje de su vida.

Las torrenciales aguas los zarandearon despiadadamente, golpeándolos contra las paredes del túnel.

Peter había intentado permanecer unido a sus dos amigos pero la violencia de la corriente acabó por arrancarlo de su lado.

La altura del túnel no era demasiada y las aguas lo ocupaban casi totalmente, impidiendo que pudiesen sacar la cabeza.

La oscuridad era absoluta y aún hacía más tétrica la situación de todos.

Durante algún tiempo, Cis permaneció con la boca cerrada, negándose a permitir que el agua penetrara en sus pulmones, en un gesto instintivo por defender su vida contra toda esperanza.

Luego quiso respirar y una gran bocanada de agua penetró por su garganta.

De nuevo cerró la boca, pero la situación era insostenible.

Mark, mientras tanto, sentía que el corazón se le aceleraba y las venas del cuello parecía que iban a saltársele de un momento a otro.

Un golpe que se dio con la cabeza contra una de las paredes rocosas estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento, pero hizo un gran esfuerzo de voluntad por impedir que tal cosa sucediera y continuar aprisionando entre sus brazos a Cis.

Hacía casi un minuto que iban sumergidos en el agua y aquello lo mismo podía durar horas que días enteros.

Un cuerpo blando le golpeó al pasar y Mark aún tuvo suficiente lucidez para pensar que debía tratarse del cuerpo de Peter, el cual, al estar solo, era empujado por las aguas a mayor velocidad.

Por último ya no pudo resistir más. Abrió la boca y el agua entró a raudales en su cuerpo.

El instinto de conservación le hizo extender un brazo hacia

arriba en un inútil gesto de asirse a alguna parte.

No consiguió lo que se proponía, naturalmente, pero observó con asombro que su brazo no tropezaba con el techo rocoso del túnel.

Aquello quería decir que el túnel había ganado altura y que era posible sacar la cabeza a la superficie de las embravecidas aguas.

Afianzó su brazo alrededor de la cintura de Cis y remó con el que le quedaba libre, en un titánico esfuerzo por conseguir sacar a flote las cabezas de ambos.

Por fin lo consiguió y sus fauces se abrieron desmesuradamente para aspirar el aire vivificante.

El oxígeno que llegó a sus pulmones le dio nuevas fuerzas para seguir luchando y procuró mantener fuera del agua la cabeza de Cis.

Su mente funcionaba como un torbellino. ¿Qué significaba aquello? La mayor amplitud del túnel natural se prolongaría durante muchos metros o volverían a ser engullidos por otro de más reducidas proporciones.

Accidentalmente tocó con un pie el lecho del río, viniendo a la conclusión de que debía estar muy cerca de una de las orillas.

Aquello quería decir que la estrecha galería había desembocado en un lugar más amplio, donde las aguas podían discurrir con perfecta libertad, sin ocupar por completo todo el espacio.

Reunió todas sus fuerzas e intentó alcanzar una de aquellas orillas.

Más tarde se preguntaría de dónde pudo sacar las fuerzas necesarias para conseguir su objetivo, pero lo cierto es que consiguió arrimarse a la orilla.

Con titánica desesperación clavó su mano libre en el fondo arenoso del lecho del río. Aún fue arrastrado durante unos metros más pero, al fin, consiguió poner en el suelo una de sus rodillas y, con un último esfuerzo, salir del agua, arrastrando tras de sí a Cis.

El lugar estaba absolutamente oscuro y Mark había perdido en la zambullida el casco y la linterna de mano; cosa que sucedía igualmente con Cis.

Sin embargo, no tardó en ver una luz a unos veinte metros de distancia.

El haz de aquella linterna recorrió la encrespada superficie de las aguas y una voz débil pronunció unas palabras de acento desesperado:

—¡Mark! ¡Mark!

Mark reconoció la voz fatigada de Peter, pero estaba tan

agotado que no era capaz de contestarle. Quiso hacerlo y un apagado ronquido salió de su garganta.

—¡Mark! —gritó con más fuerza Peter—. ¡Mark! ¿Dónde estás?

Mark tomó aliento y se dispuso a contestar a su amigo para indicarle que estaba a salvo, pero sucedió algo que cambió por completo la situación.

Peter dio un grito confuso, arrojó la linterna lejos de sí y volvió a arrojarse al agua.

Mark hizo un esfuerzo y consiguió gritar con voz enronquecida:

—¡Peter! ¡Peter!

Intentó levantarse del suelo y acudir en auxilio de su amigo, pero fue inútil. Sus fuerzas se negaron a responderle y cayó al suelo.

—¡Peter! —casi gimió.

Decididamente no podía hacer nada por su amigo, a quien la corriente ya debía haber arrastrado un buen trecho.

Por un instante estuvo tentado de cerrar los ojos y dejarse morir en aquel sitio, pero se acordó de Cis que permanecía inmóvil a su lado y decidió reaccionar.

Durante unos segundos aspiró con profunda regularidad el aire y sintió como si una copa de vino espumoso se le subiera a la cabeza, produciéndole una ligera borrachera. Mas no se inquietó por ello. Sabía que era una reacción natural y que no tardaría en pasarle.

Un poco más tarde habían pasado aquellos efectos perturbadores y comenzó a encontrarse más dueño de sí mismo.

Se levantó y fue a coger la linterna que Peter había arrojado al suelo, la cual proyectaba su luz hacia arriba, sin llegar a alcanzar el techo de aquella nueva y al parecer inmensa gruta.

Ya de regreso al lado de Cis, iluminó su cara con la linterna y vio que tenía los labios tumefactos y el cutis invadido por un suave color violáceo.

Aquéllos eran síntomas de asfixia y tenía que practicarle la respiración artificial cuanto antes, si no quería ver morir a Cis ante sus ojos.

Encontrándose solo no tuvo más remedio que aplicar el método más rápido y seguro para restablecer el movimiento de los pulmones.

Primero oprimió con fuerza el estómago de Cis, obligándola a vomitar la considerable cantidad de agua que había tragado.

Una vez conseguido esto se inclinó sobre su adorable rostro. Con los dedos de su mano izquierda le taponó fuertemente la nariz, luego aplicó su boca sobre la de Cis y comenzó a respirar

pausadamente, procurando que el aire que él expiraba llegara al último rincón de los pulmones de ella.

Dos minutos que le parecieron dos siglos continuó aquella operación sin darse un solo segundo de descanso.

Por último observó que el pecho de Cis comenzaba a moverse por sí solo. La mujer tuvo un violento golpe de tos y luego comenzó a respirar con ansia.

Mark dio mentalmente gracias a Dios por haber conseguido devolverle a su amada el ritmo de la respiración.

Diez minutos más tarde se pudo escuchar la débil voz de Cis.

—¡Mark...! ¡Mark...!

—Estoy aquí, querida. No temas ya nada.

Cis mascullό algunas palabras incoherentes y finalmente abrió los ojos.

—¡Oh, Mark! —dijo mientras intentaba refugiarse en su pecho.

—Tranquilízate. Por el momento nos encontramos en tierra firme. ¿Te sientes mejor?

—Sí, empiezo a recuperarme. ¿Cómo hemos podido escapar de la fuerza del río?

—No ha sido fácil, pero lo conseguimos. Hemos tenido mucha suerte.

Mark le contó brevemente a Cis lo que había sucedido y ésta guardó silencio emocionada.

A todo esto, nuestro héroe no dejaba de preguntarse cuál era aquél lugar. Había dirigido el haz luminoso de la linterna de Peter en todas direcciones y no descubrió otra pared rocosa que la que tenía a sus espaldas y por la que salía con furia incontenible la corriente subterránea.

Daba la impresión de que se encontraran en la superficie de la Tierra y, sin embargo, ello era imposible. Por mucho que anduvieran por la serie interminable de cuevas y galerías, era seguro que no podían haber avanzado más de sesenta o setenta millas.

El túnel trasatlántico[2] había sido aplastado en un tramo que se encontraba a más de mil millas de la costa, por lo tanto era imposible que hubiesen alcanzado la tierra firme.

Tampoco en el oscuro cielo se veía el menor rastro de las estrellas o de la Luna. ¿Dónde estaban entonces?

El hilo de sus pensamientos fue roto por una voz lejana que pronunciaba su nombre.

Levantó la linterna en alto e hizo que su brazo describiera varios círculos para dar a entender que había oído la llamada.

—Parece la voz de Peter —comentó Cis.

—Le vi arrojarse al agua. Quizás ha podido ganar de nuevo la orilla.

—Debe estar extenuado. ¿Por qué no vas en su busca?

—¿No te importa quedarte sola?

—¿Por qué había de importarme? —replicó Cis—. Aquí, por desgracia, no puedo sufrir el ataque de nadie —sonrió.

Mark cogió del suelo la linterna y comenzó a caminar en la dirección de donde venían las voces.

La distancia era de unas ochocientas yardas y su cansancio le hizo tardar más de quince minutos en recorrerlas.

En efecto, quien daba aquellas voces era Peter en persona.

El animoso médico estaba totalmente derrengado y a sus pies tenía el cuerpo de Oliver.

—¡Querido Mark! —exclamó Peter, arrojándose a los brazos de su amigo.

—¡Peter!

Durante unos segundos permanecieron fundidos en un abrazo entrañable.

—Creí que nunca más volvería a verte.

—¿Y Oliver, cómo está?

—Lo saqué casi asfixiado del agua, pero ya empieza a recuperarse.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Mark.

Peter hizo un breve relato de los acontecimientos, a partir del momento en que se lanzara al agua para rescatarles.

—Luego vino el paso angustioso por ese horrible túnel. ¡Creí que me ahogaba!

—Jamás lo olvidaré —murmuró Mark.

—Cuando vi que podía sacar la cabeza me esforcé en alcanzar la orilla hasta conseguirlo. Luego busqué entre las aguas vuestros cuerpos. Vi pasar el de Oliver y no lo pensé más. Arrojé la linterna y me lancé en su busca.

—Te vi realizar ese gesto.

—A duras penas pude sacarlo. Le hice la respiración artificial y ahí lo tienes.

Oliver se había incorporado un tanto, quedando sentado en el suelo.

—¡Que me quede calvo como una bola de billar si no me has arrancado del mismísimo infierno, Peter! —rezongó Oliver.

—¡Ya vas comenzando a recuperarte! —respondió Peter—. ¡Sería la primera vez que se ahogase un besugo como tú!

—Podéis decir que hemos nacido de nuevo —repuso Oliver—.

¡Nunca creí que sería capaz de tragar tanta agua!

—¿Y Cis? —preguntó Peter.

—También conseguí sacarla a flote. La he dejado para venir a buscaros —respondió Mark.

—¿Te encuentras en condiciones de caminar, Oliver?

—Si esperáis diez minutos creo que podré hacerlo.

Pasaron los diez minutos y emprendieron el camino de regreso hacia el lugar que Mark abandonara poco antes.

Si a Mark le costó unos quince minutos llegar hasta Peter, el viaje de vuelta fue mucho más lento; pues, tanto Peter como Oliver, apenas si podían andar.

Cuando Mark creyó que habían llegado al sitio donde estaba Cis se llevó una tremenda sorpresa: ¡Cis había desaparecido!

—Juraría que era éste el sitio —dijo.

—Te habrás equivocado —repuso Peter.

Mark se inclinó hacia el suelo y estuvo examinándolo con la luz de la linterna.

—No cabe duda de que era aquí. Mirad las huellas que ha dejado en tierra su cuerpo mojado.

Mark tenía razón. El sitio era el que buscaban y prueba de ello eran las manchas de humedad que había en el suelo.

Nuestro hombre dirigió el haz de su linterna en un círculo a su alrededor y no pudo descubrir ni el menor rastro de la joven.

—¡Cis! ¡Cis! —gritó con voz estentórea.

El silencio más absoluto fue la única respuesta.

—¡Cis! ¿Dónde estás?

—Será mejor que nos alejemos en distintas direcciones —propuso Peter—. Quizás tiene un ataque de delirio producido por la fiebre y ha comenzado a caminar sin rumbo.

—De acuerdo —asintió Mark—. Dejaré la linterna en el suelo para que nos sirva de punto de referencia. Dentro de una hora volveremos a reunirnos.

Los tres hombres tomaron rumbos distintos y comenzaron a buscar a su compañera.

Mark seguía la margen del río y sus ojos se dirigían hacia las oscuras aguas, en un presentimiento fatal.

A tientas fue caminando y, alguna que otra vez, llamaba a su amada a grandes voces, pero todo fue inútil. Una hora más tarde estaba de regreso y se reunía con sus compañeros.

—¿Qué? —preguntó anhelante.

—Nada —respondió Peter.

—Nada —dijo Oliver.

Aquel contratiempo acabó con la moral de nuestro héroe.

—¡Es inútil luchar contra el destino! ¡Hace ya tiempo que debíamos haber muerto!

—Quizás la encontremos si continuamos buscándola —dijo Oliver, intentando animar a su amigo.

Mark tenía pocas esperanzas de que eso sucediera de tal modo.

Sus ojos iban hacia la corriente del río y sus pensamientos se entenebrecían más cada vez.

—Creo que es inútil todo.

De pronto sucedió algo que aún vino a aumentar la confusión en que estaban sumidos.

Fue Peter el primero en dar la voz de alarma.

—¿Estaré soñando, o es que sufro un ataque de delirio?

Al tiempo que se hacía esta inesperada pregunta se restregaba los ojos y miraba un punto situado en la lejanía.

Mark y Oliver volvieron la cabeza en la dirección que indicaba Peter con la mirada y cayeron en el mismo asombro y estupor que éste.

A lo lejos, quizás a un par de millas de distancia, una luz difusa iba creciendo en intensidad, iluminando una gran zona de terreno.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —murmuró Oliver—. ¿Acaso estamos muertos y se abren las puertas del Cielo para recibirnos?

—¿Tan seguro estás de no merecer el Infierno? —preguntó Peter, algo repuesto ya de la sorpresa.

—¿De dónde diablos puede provenir esa luz? —se preguntó Mark en voz alta.

La intensidad del difuso resplandor fue creciendo de tal modo que no tardó en despejar las sombras que rodeaban a nuestros amigos.

—¡Mirad! ¡Mirad bien! —exclamó Mark—. ¡Aquello que se perfila bajo una luz son los edificios de una ciudad!

Lo que decía Mark era cierto. Lo que se veía en lontananza no era otra cosa que el conglomerado de edificios de la más extraordinaria ciudad que concebirse pueda.

Pero la sorpresa aún no había terminado. Una voz que parecía sonar en su cerebro más bien que en sus oídos pronunció a sus espaldas:

—¡Si hacéis un solo movimiento sois hombres muertos!

La sorpresa de escuchar una voz humana en las entrañas mismas de la tierra los dejó inmovilizados.

Oyeron unos pasos que se acercaban y alguien les ató las manos a las espaldas con unas finas y resistentes cadenas

metálicas.

CAPÍTULO VII

Los seres que habían hecho prisioneros a nuestros amigos eran hombres que en nada se diferenciaban de los de cualquier país civilizado de la Tierra.

Si acaso, no se asemejaban en el color de su piel que era de un tinte blanquísimo y el pelo de su cabeza, igualmente blanco.

Eran de mediana estatura y de complexión robusta y musculosa.

Mark había intentado hablarles, sin obtener una sola respuesta a sus preguntas.

—Se diría que no nos entienden —susurró Mark mientras caminaban.

—Sin embargo, se han dirigido a nosotros en nuestra propia lengua —contestó Mark.

—Os doy mi palabra de honor que no consigo comprender nada de lo que sucede —rezongó Oliver—. ¿De dónde han salido estos tipos y qué territorio es éste?

—Te aseguro que yo mismo dudo que sea una realidad esto que nos sucede —respondió Peter—. ¡Si no fuera porque noto el dolor que me producen las cadenas con las que estos condenados me han atado las manos, diría que estoy soñando la peor de las pesadillas!

Mark estaba perplejo como sus amigos, pero una sola pregunta se hacía en su mente: ¿Habrían aquellos hombres, cualesquiera que fuesen, aprisionado también a Cis?

—¡Si al menos nos dieran algo de comer! —exclamó Oliver.

—No parecen demasiado amistosos —dijo Peter—. La manera de recibirnos lo dice claramente.

Hacía un buen rato que caminaban custodiados por sus aprehensores que, en número de cuatro, caminaban a su lado.

La ciudad ya estaba muy cerca y podían ver con precisión sus edificios.

La mayor parte de ellos estaban construidos con un metal amarillento y constaban de dos o tres pisos solamente.

La forma de los mismos era cilíndrica y estaban rematados por unas hermosas cúpulas azules que realzaban aún más su belleza.

—¡Que me maten si no es oro ese material con el que están

hechos los edificios! —exclamó Oliver.

—Creo que tienes razón —aseguró Peter—. Y las cúpulas son de lapislázuli, como en las leyendas del antiguo Egipto.

La ciudad no era muy grande, pero sí lo suficiente como para presentar un imponente aspecto con sus dorados edificios tan bellamente rematados por las cúpulas.

Sus primeros pasos por la ciudad resultaron molestos, por su condición de prisioneros y por la curiosidad que despertaban en los habitantes de aquel pueblo desconocido.

Sin embargo, no dejaron de observar las graves y entristecidas caras de cuantos se encontraban en el camino.

—Se ve que esta gente no ha aprendido a sonreír —murmuró Peter.

—Parece como si todos se dispusieran a ir a un entierro —replicó Oliver.

Mark no hablaba pero le daba vueltas a su magín, intentando encontrar una explicación razonable a todo aquello.

De que continuaban en las entrañas de la Tierra no le cabía la menor duda. ¡Pero era tan fantástico todo lo que veía!

Que aquel desconocido pueblo hubiera desarrollado su civilización debajo de la corteza terrestre era algo que más parecía un sueño que una realidad.

Atravesaron distintas calles y plazas y vinieron a detenerse ante un edificio de una sola planta, todo él rodeado de hermosas columnas.

Varios hombres vestidos como los que les acompañaban, con una ligera túnica sobre la ropa interior y una especie de sandalias primorosamente confeccionadas, hacían guardia a la puerta de aquella especie de palacio.

El que capitaneaba el grupo de aprehensores dijo unas palabras al jefe de la guardia y éste ordenó que se les abriera paso, no sin mirar con curiosidad a nuestros amigos.

Después de un amplio vestíbulo se abrieron unas pesadas puertas de plata maciza y fueron introducidos en una habitación extraordinariamente amueblada.

Un hombre joven, de unos cuarenta años, les esperaba sentado en una especie de taburete de forma hexagonal.

Al verlos entrar se levantó y una agradable sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sed bienvenidos, hombres a quienes el misterio ha traído a nuestro pueblo.

Dichas estas palabras, el extraordinario personaje abrió sus

brazos en cruz y presentó de cara a los tres amigos las extendidas palmas de sus manos.

—Ése debe ser el saludo que corresponde a nuestro apretón de manos —rezongó Peter.

—Tú lo has dicho —sonrió el hombre que parecía ser el jefe de aquella comunidad—. Es el saludo con el que recibimos a los hombres con los que queremos estar en paz.

—Tus palabras son amables, pero no se corresponden con los hechos —respondió Mark—. Hemos sido apresados y traídos a tu presencia como vulgares criminales. ¿No podríais ordenar que nos desaten las manos?

El hombre miró a su interlocutor sin que la sonrisa abandonase sus labios.

—No comprendo tu lengua, «Hombre Inesperado».

Mark estuvo a punto de perder los estribos.

—¿Cómo que no comprendes mi lengua, cuando yo mismo observo que la hablas a la perfección?

El hombre hizo un vago gesto de disculpa e insistió.

—Si esperáis un momento podremos comprendernos. ¡Son tantas las cosas de las que tenemos que hablar!

—¡Este hombre nos está tomando el pelo! —exclamó Oliver sin poder contenerse.

—Creo que acabaré volviéndome loco, si es que no lo estoy ya —rezongó Peter.

El regio personaje hizo una seña a los que habían conducido a los tres amigos hasta su presencia y uno de ellos se aproximó. Sacó un pequeño y redondo disco metálico y lo pasó por encima de las cadenas que les aprisionaban las manos a la espalda. Automáticamente cayeron al suelo.

—No está mal la cosa —dijo Peter—. Al parecer se trata de un metal imantado de alguna extraña manera.

—Quiero advertirte que no venimos en son de guerra —continuó Mark—. Somos víctimas de las más extrañas circunstancias que hayan vivido jamás hombres algunos.

—Si esperáis un momento podremos entendernos —sonrió el extraño personaje—. Por ahora es bastará saber que me llamo Kobek y que rijo los destinos de este pueblo cuando se aproxima el momento de la Gran Catástrofe.

El hombre guardó silencio y dirigió una rápida mirada a los hombres que custodiaban a los prisioneros.

Uno de ellos se acercó llevando en sus manos un extraño casquete, igual al que llevaba Kobek.

Al casquete iba conectada una pequeña caja rectangular, de una materia brillante y poco pesada.

El hombre dio a una pequeña clavija y saltó una azulada chispa eléctrica. Miró a su superior y éste hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

El guardián se dirigió a Mark e intentó ponerle el casquete. Mark hizo un gesto defensivo y Peter saltó impetuosamente sobre el individuo, derribándolo al suelo de un furibundo empellón.

En pocos segundos se organizó una barahúnda tremenda. Mark y Oliver saltaron sobre los otros elementos de la guardia y comenzaron a golpearlos con débiles fuerzas.

En el rostro de Kobek se reflejó la sorpresa y un segundo más tarde la comprensión.

Los fornidos guardianes repelieron la agresión y nuestros tres amigos comenzaron a retroceder.

Kobek se sentó en su taburete hexagonal y pulsó un pequeño botón que había en una de las caras.

Una luz cegadora descendió del techo, deslumbrando de tal modo a nuestros amigos que les resultaba imposible ver lo que sucedía a su alrededor. Al mismo tiempo sentían que sus músculos se paralizaban, negándose a obedecer las órdenes de su cerebro.

La voz de Kobek llegó hasta sus oídos a través de aquella luz intensísima.

—Deponed vuestra actitud. Comprendo que el temor os haya hecho reaccionar así, pero yo os garantizo que ese casquete no os producirá ningún daño. Es un simple traductor ideográfico. Debéis colocároslo para que yo sea capaz de entender vuestras palabras, del mismo modo que vosotros entendéis las mías.

Dos segundos más tarde de haber pronunciado aquel breve discurso, la luz volvió a su normalidad y los tres amigos consiguieron recobrar sus movimientos y la visión de cuanto les rodeaba.

Las palabras de aquel hombre les habían devuelto la confianza y se dejaron colocar los casquetes.

—Ahora podemos hablar, pues yo podré entenderos perfectamente.

—¿Qué función es la de estos casquetes? —preguntó Mark, el cual no salía de su asombro.

—La explicación es bien sencilla —sonrió Kobek—. Las palabras son un símbolo de las ideas y éstas se producen en el cerebro antes de ser expresadas por medio de una palabra. Por medio de ese casquete me transmitís el significado de las palabras, aunque

las lenguas que empleamos son completamente distintas.

—¡Eso es extraordinario! —ponderó Oliver.

—Hace muchos siglos que disponemos de semejante invento. Hubo un tiempo en que nuestro pueblo hablaba muchas lenguas diferentes y se hizo necesaria su utilización.

—Pues ya que puedes entendemos quiero hacerte unas preguntas —dijo Mark.

—Hazlas sin ningún temor —concedió Kobek.

—En primer lugar dime: ¿somos tus prisioneros?

—Sois mis huéspedes —respondió Kobek—. Os han traído atados mis hombres porque no conocían vuestras intenciones, pero he llegado a la convicción de que sois personas razonables. ¿Qué más quieres preguntarme?

—¿Habéis encontrado a una mujer...?

Kobek sonrió.

—Puedes tranquilizar tu corazón. La mujer está con nosotros y pronto la tendrás ante ti. Se encontraba en terrible estado de postración y nuestros médicos se ocupan de ella en estos instantes.

Mark dio un suspiro de alivio y, por primera vez, esbozó una sonrisa.

—Vosotros mismos estáis al borde de vuestras fuerzas y pronto estaréis bajo los cuidados de nuestros científicos.

—Te ruego que perdones nuestra actitud de hace unos minutos —dijo Mark—. Estábamos muy excitados y temíamos lo peor.

—Lo comprendo y os perdono de buen grado. ¿Ahora puedo preguntarte yo algunas cosas?

—Te responderé con absoluta sinceridad —contestó Mark.

—Dime: ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? El único espacio habitable de este mundo está ocupado por nuestro pueblo desde hace millones de años, y apenas se reduce a unos cuantos centenares de kilómetros cuadrados. ¿Es posible que el pueblo de los Tuics haya evolucionado de semejante modo como para adquirir vuestra apariencia?

—¿Quiénes son esos Tuics? —preguntó Mark.

—Habitan del otro lado del túnel de agua y ocupan el último extremo de nuestro mundo. Hace miles de años que no hemos atravesado la barrera de agua, pero nuestros libros hablan de que eran grandes lagartos.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Mark.

—Esas malditas bestias mataron a uno de nuestros compañeros —intervino Peter—. Eran lagartos y siguen siendo lagartos.

—¿Entonces sois hombres del agua? —preguntó Kobek con

extrañeza.

—Nada de eso —respondió Mark—. Habitamos en la superficie del mundo.

—Pero la superficie es sólo agua —arguyó Kobek.

Mark se vio precisado a dar una somera explicación a Kobek de lo que era la superficie del planeta. Si grande había sido la sorpresa de nuestros amigos al encontrar un pueblo que vivía sumergido en las entrañas de la Tierra, no menos lo fue la de Kobek al escuchar el relato de Mark.

—Sucede que vosotros estáis debajo de un inmenso océano —concluyó nuestro amigo—, pero existen grandes extensiones de terreno donde crecen y viven miles de millones de seres humanos.

—Nuestra vanidad nos hacía creer que éramos los únicos habitantes de este mundo que vosotros llamáis Tierra —suspiró Kobek—. De haber imaginado otra cosa quizá hubiéramos podido evitar...

No terminó la frase y sus facciones adquirieron un sombrío gesto de tristeza.

—¿Entonces jamás os habéis asomado a la superficie? —preguntó Mark.

—Nunca, pues no tenemos ningún contacto con el exterior. La existencia de ese océano la conocemos por los estudios teóricos de nuestros sabios.

Aquellas palabras eran totalmente desesperanzadoras para nuestros amigos, pues significaban que jamás podrían retornar al mundo que les era habitual.

—Ya seguiremos hablando de estas cuestiones —dijo Kobek—. Ahora es preciso que se atienda a vuestra rápida recuperación.

Uno de los hombres de la guardia entró y dijo unas breves palabras a Kobek.

—Haz que pase —respondió éste.

Unos segundos más tarde se volvía a abrir la puerta, dando paso a una angelical criatura.

—¡Cis querida! —exclamó Mark al reconocerla.

—¡Mark! ¡Mark! —gritó la mujer, arrojándose en los brazos del hombre que amaba.

Mark estaba loco de contento al ver a su prometida, pero lo más asombroso de todo es que Cis estaba fuerte y hermosa, como si por su organismo no hubiese pasado el cúmulo de penalidades que tan heroicamente soportara.

CAPÍTULO VIII

Los tres días siguientes estuvieron plagados de extraordinarias sorpresas para nuestros amigos.

Habían sido puestos bajo los cuidados de un afable anciano, el cual se encargó de su completa recuperación.

Él les informó que Nausiaa, que así se llamaba aquel extraño país de las profundidades de la Tierra, consistía en la inmensa gruta de varios cientos de kilómetros cuadrados, cuya altura era de más de trescientos metros.

Toda la población vivía en la fantástica capital que descubrieran los ojos atónitos de nuestros amigos.

—Los edificios son de oro porque lo poseemos en grandes cantidades y es un metal muy maleable y cuesta poco esfuerzo trabajarlo.

—¿Y la luz que vimos encenderse desde la lejanía?

—Está producida por medios artificiales. Ella nos proporciona la ilusión del día y de la noche, pues permanece doce horas encendida y doce apagada. Es un atavismo de nuestros lejanos antecesores.

—¿Entonces, sabéis que existe un día y una noche? —preguntó Peter.

—Tenemos referencias históricas de ello. Nuestros antepasados más remotos vivieron en la superficie del planeta, pero un movimiento geológico los hundió en las profundidades terrestres. Esta inmensa cueva, que vosotros habéis recorrido en una gran parte, fue todo lo que quedó después de la catástrofe. Aquellos hombres primitivos organizaron aquí su mundo y dieron paso a nuevas generaciones. ¡Debieron ser horribles aquellos siglos! Por fortuna había quedado una gran cantidad de aire bajo la corteza terrestre y se sirvieron de ella hasta que, con el transcurso de los siglos, fueron capaces de crear su propio procedimiento para conseguir el necesario oxígeno. Todo fue un verdadero milagro.

—¿Y cómo se produce ahora el oxígeno? —preguntó Oliver.

—Por procedimientos químico-mecánicos transformamos el carbono de la respiración en nuevo oxígeno, de modo que siempre tenemos la misma cantidad del indispensable gas.

Cuanto escuchaban y veían nuestros amigos era realmente maravilloso, pero lo más sorprendente fue la facilidad con que recuperaron su vigor y energía. Les bastó estar media hora sumergidos en un baño gelatinoso para salir completamente nuevos. Según les dijeron, todo se había reducido a una alimentación racional a través de la piel.

—¿Y los terribles lagartos Tuics, cómo se alimentan? —preguntó Mark.

—Asimilan directamente las sustancias minerales que lamen de las rocas. En cuanto a los extraños pájaros que vieron ustedes, ésos se alimentan comiéndose a los Tuics —sonrió el anciano.

—Una pregunta se me ocurre hacerle —intervino Cis—. Antes ha dicho que la luz que ilumina todos estos territorios está encendida doce horas y otras tantas apagadas, ¿no es cierto?

—Así es —respondió el anciano sabio, por cuyos ojos pasó un velo de tristeza.

—Estamos aquí cuatro días y no he visto que se haya vuelto a extinguir esa luz.

—Eso mismo quería decirle yo —terció Peter—. ¿Por qué sucede ahora así?

El anciano se había puesto súbitamente serio y sus palabras parecieron forzadas.

—Esa luz ya nunca volverá a ser extinguida por la mano del hombre.

—¡No lo comprendo! —dijo Cis.

—¿Quiere decir que permanecerá siempre encendida, dando al ambiente el aspecto de un día infinito? —preguntó Peter.

—Quiero decir que no será el hombre quien la apague —repitió el anciano evasivamente.

—Sus palabras tienen un sentido oculto —dijo Mark.

—¿Por qué no nos explica ese acertijo? —insinuó Oliver—. Yo creía que permanecía encendida esa luz porque era una especie de... digamos de fiesta, por nuestra llegada.

—Yo no puedo decir nada más —respondió el sabio, a quien molestaba evidentemente aquella conversación—. Quizá Kobek quiera explicárselos todo.

Mark quiso ser amable con su anfitrión y se apartó de aquel tema, haciendo otras mil nuevas preguntas sobre las muchas maravillas que observaban, pues aquel pueblo poseía un elevadísimo grado de civilización.

Sin embargo no le habían caído en saco roto las misteriosas palabras del anciano, ni tampoco el gesto de tristeza que asumió su

rostro al abordar el tema.

Pero sus dudas iban a ser muy pronto despejadas, llevándoles de nuevo la incertidumbre y la zozobra al corazón.

Fue a la semana justa de haber sido acogidos en el seno de la comunidad subterránea cuando comenzaron a producirse los acontecimientos que habían de poner un dramático punto final a la insólita aventura tan angustiosamente vivida por nuestros protagonistas.

Cis y Mark paseaban por las inmediaciones de la refulgente ciudad, devorando con la mirada el paisaje sobre el que habrían de desarrollar su existencia en el futuro.

El río que les llevó hasta las inmediaciones de Nausiaa pasaba por las inmediaciones de la fantástica ciudad y se hundía un par de millas más adelante en una marisma arenosa que filtraba sus aguas hacia regiones más recónditas aún de la Tierra.

—Debemos decir adiós a nuestros viejos recuerdos —le decía Mark a Cis en aquellos instantes—. ¡Ya nunca volveremos a la superficie de la Tierra!

—Todo me será muy soportable estando a tu lado —admitió Cis —. El pasado ha quedado lejos y nuestras vidas pertenecen al futuro. ¿Tienes miedo de ese futuro, Mark?

—No —contestó el hombre—. Donde estés tú estará para mí el centro del Universo.

Cis agradeció con un mohín las palabras de Mark.

—Los pobladores de este pueblo parecen excelentes y ese Kobek es un gran tipo —dijo.

—Además, no nos harán trabajar demasiado —sonrió Mark—. Las grandes fábricas automatizadas que hay a unas cuantas millas de la ciudad producen sintéticamente cuanto necesita este pueblo constituido por unos cien mil seres. La extracción de minerales, muchos de los cuales están a flor de tierra también se hace por medio de máquinas, así que no se necesita mano de obra.

—Me maravilla pensar, cómo han podido los hombres de esta raza sobrevivir y crear una civilización mucho más avanzada que la nuestra.

—Es un hermoso capítulo de la Gran Historia del Hombre —respondió Mark—. También en la superficie del planeta se escribieron otros no menos asombrosos. ¿No recuerdas las épocas de las glaciaciones? ¿Los grandes movimientos geológicos? ¿Las terribles guerras? No cabe duda que los seres humanos tenemos una gran capacidad de supervivencia.

—Nosotros mismos somos una prueba de ello —sonrió Cis—.

¿Cómo es posible que hayamos podido sobrevivir a nuestra gran aventura?

En este momento llegó hasta sus oídos un vago rumor que fue creciendo en intensidad segundo a segundo.

—¿Qué es eso, Mark? —preguntó Cis, al tiempo que se amparaba en el hombre.

—No sé —respondió éste extrañado—. Parece como si ese ruido viniese del interior de la tierra.

La explicación no había de tardar mucho en presentárseles. Un moderado temblor de la tierra la hizo vibrar bajo sus pies, como si una ola sacudiese la dura superficie del suelo.

—¡Un terremoto! —exclamó Mark.

Durante un segundo fue tan intenso el temblor que les costó trabajo mantener el equilibrio.

—¡Tumbémonos en el suelo! —ordenó Mark.

Se tendieron en tierra y esperaron durante unos angustiosos segundos.

Toda la tierra temblaba y un largo trueno inundó el inmenso ámbito de la gruta.

Cis estaba abrazada a Mark y escondía instintivamente la cabeza debajo del pecho de él.

Afortunadamente, el temblor de tierra duró tan sólo unos segundos y luego volvió todo a la calma y a la tranquilidad.

—¿Estás bien, querida? —preguntó solícitamente Mark una vez que hubo ayudado a la muchacha a levantarse.

—¡Oh, sí! No ha sido nada más que el susto.

—No contábamos con esta circunstancia. Estamos a mucha profundidad debajo de la corteza terrestre y es probable que tengamos que soportar muchos de estos temblores de tierra.

—Quizá es ése el motivo por el que todos los edificios son metálicos —dijo Cis—. De ese modo no son afectados por los movimientos sísmicos.

—Será mejor que volvamos a la ciudad. Nuestros amigos pueden estar preocupados por nosotros.

A buena marcha se dirigieron hacia el núcleo urbano.

Ya casi habían alcanzado los aledaños de la misma cuando vieron venir corriendo hacia ellos a alguien.

—Es Peter, ¿verdad? —dijo Mark.

En efecto, el que de semejante modo corría a su encuentro era Peter.

—¡Mark! ¡Cis! —gritó antes de alcanzarlos.

—¡No temas! —respondió Mark—. ¡Estamos perfectamente!

Peter llegó jadeante, pues había salido a buscarles a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

—¡Kobek quiere hablar con nosotros! —dijo en cuanto llegó a la altura de los dos enamorados.

—¿Qué sucede? Te veo muy excitado.

—No sé exactamente lo que sucede, Mark, pero he visto a Kobek muy preocupado y toda la población está terriblemente excitadísima.

—¿Cuándo quiere hablar con nosotros el jefe de este pueblo?

—Me ha pedido que te lleve a su presencia cuanto antes. Según él no hay ni un solo minuto que perder.

—¿No te ha dicho los motivos de esas prisas?

—No. Sólo sé que le vi muy abatido y que me urgió para que te buscase.

Mark no preguntó nada más, pero a su mente vinieron las palabras del anciano sabio, quizá Kobek iba a descifrarles el misterio que encerraban las mismas.

—Está bien. Apresurémonos. No cabe duda de que ha de ser algo muy importante lo que quiere decirnos ese hombre.

Peter tomó aliento durante unos segundos y reanudaron la marcha a toda velocidad.

CAPÍTULO IX

Cuando llegaron al palacio de las columnas donde Kobek tenía su residencia oficial pudieron percatarse de que algo extraordinario sucedía.

Las calles estaban llenas de gente que hablaban a gritos en su extraño idioma y los rostros parecían desencajados y llenos de temor.

El mismo palacio estaba lleno de gentes diversas y en el salón donde fueron recibidos nuestros amigos estaba Kobek acompañado por una docena de ancianos.

Apenas los vio entrar pulsó un botón y cuatro taburetes hexagonales surgieron del suelo como por encanto.

—Sentaos —invitó brevemente y sin ninguna ceremonia Kobek.

Los cuatro amigos -pues Oliver se les había unido en el momento de entrar- se sentaron frente al imponente y mayestático grupo de hombres.

Mark observó que un niño y una niña, de unos doce años de edad, formaban junto al grupo de los mayores.

—Estamos a tus órdenes, Kobek —dijo Mark.

—Os he mandado a llamar con tanta urgencia porque el tiempo apremia —dijo Kobek.

—Tú dirás qué es lo que quieres de nosotros —respondió Mark.

—Mi pueblo está en trance de desaparecer —continuó serenamente Kobek—. No pasarán muchas horas sin que esta inmensa gruta, en la que durante millones de años se ha desarrollado nuestra civilización, se desplome sobre nosotros, reduciéndonos a la nada.

Las palabras que acababa de pronunciar Kobek eran terribles, pero los cuatro amigos se limitaron a permanecer en silencio, dando una buena prueba de valor.

—Según nuestros cálculos —continuó Kobek—, eso sucederá dentro de unas diez horas aproximadamente.

Durante unos segundos guardó silencio y Mark se vio obligado a tomar la palabra.

—Te agradecemos que hayas querido prevenirnos, Kobek. Si ha llegado el fin de nuestros días procuraremos esperar la muerte con

resignación. Te prometemos que no os causaremos ningún problema en trance tan definitivo.

Kobek sonrió amargamente e hizo un gesto con la mano, como si pretendiera alejar aquellas ideas.

—No os he llamado para que muráis, sino para que intentéis vivir.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó con extrañeza Mark—. Tú mismo acabas de decir...

—Déjame explicarte —cortó Kobek—. Hace bastantes días que nuestros sabios habían hecho la previsión de que un gran terremoto, cuyo epicentro será nuestro propio territorio, hará que se derrumbe esta inmensa bóveda bajo el peso de las aguas oceánicas. Los primeros síntomas se produjeron en el terremoto que cerró la grieta por la cual entrasteis vosotros a nuestro mundo, según el relato que me hiciste.

—¿Y cómo crees que podamos salvarnos nosotros? ¿Y si hay una posibilidad de salvación por qué no la hay para todos?

—La cuestión es la siguiente: En el primer terremoto, aquel que os trajo hasta nosotros, una parte de las tierras más occidentales de nuestra nación sufrieron los efectos de un poderoso plegamiento y emergieron a la superficie del mar, en forma de una pequeña isla volcánica. Nuestros hombres de ciencia intentaron hacer de eso un camino para salir a la superficie y escapar a la muerte que nos aguarda. Desgraciadamente esto no es posible. Al menos no es posible para los cien mil habitantes de nuestro pueblo. Hay que escalar el volcán por su parte interior y la temperatura es de varios cientos de grados.

—¿Y cómo quieres que consigamos nosotros hacerlo?

—Desesperadamente hemos buscado una materia incombustible para proveer a nuestro pueblo de los trajes apropiados para realizar esa aventura, pero no hemos dado con ella hasta hace una hora. El hecho de no habernos tenido que enfrentar nunca con semejante problema nos ha incapacitado para encontrar una solución a tiempo.

—Sigo sin comprenderte.

—Con esa materia acaban de confeccionarse seis trajes. Son para vosotros.

—¿Por qué para nosotros? —preguntó Peter.

—Hubiera sido injusto que cuatro de nosotros se salvaran mientras que los demás perecían en ese gran cataclismo. ¿Qué méritos mayores hubiera podido aducir nadie para poseer uno de esos trajes, cuando es la propia vida lo que se decide?

—Así y todo —intervino Oliver—, nosotros somos solamente cuatro.

—Ya lo sé. Los otros dos trajes son para estos niños que están en vuestra presencia. En ellos fiamos todos la perpetuación de nuestra especie y damos gracias a Dios por haberos enviado para que deis cima a esta empresa. ¿Querréis llevarlos con vosotros?

Las últimas palabras de Kobek habían sido pronunciadas con tan angustiado acento que nuestros cuatro amigos sintieron que se les hacía un emocionado nudo en la garganta.

—Sí —dijo Mark—, pero...

—Os doy las gracias en nombre de mi pueblo y os pido que no prolonguéis la discusión, pues el tiempo apremia.

Mark comprendió la razón de aquellas palabras y permaneció en silencio unos segundos.

—Está bien —dijo al cabo de este tiempo—. Te aseguramos que conseguiremos llevarlos a la superficie o pereceremos todos en la empresa.

Kobek se levantó y los cuatro amigos hicieron lo mismo.

Uno a uno los fue estrechando en sus brazos. Cuando llegó a Mark le dijo:

—Nuestro saludo consiste en enseñar las manos limpias como símbolo de la pureza de nuestras intenciones. Tú me dijiste que en la superficie acostumbrabais a abrazaros. Ahora comprendo el significado de vuestro gesto, pues he podido escuchar cómo nuestros corazones latían simultáneamente.

Mark quiso decir algo pero se lo impidió la emoción.

Kobek dio unas órdenes y unos segundos más tarde llegaba un emisario con los seis trajes.

—¡Dios quiera que os sean verdaderamente útiles! —dijo el emisario—. Están hechos sobre cálculos teóricos y no hemos tenido ocasión de probarlos.

Sobre sus propias ropas se pusieron las herméticas vestimentas, las cuales llevaban adaptada una escafandra transparente con equipo para la respiración autónoma.

El sabio que había llevado los trajes les explicó el sencillo manejo del equipo.

—Este botón es para poner en marcha el equipo respiratorio y este otro para la refrigeración del aire, que de otro modo abrasaría vuestros pulmones al calentarse en el depósito.

Luego vistieron a los dos niños y Kobek les dijo unas últimas palabras.

—¡Que Dios os bendiga y os ayude!

Luego se acercó a los niños y los besó.

—El muchacho es mi hijo —le dijo a Mark—. La niña pertenece a otra familia y por lo tanto pueden casarse cuando sean mayores. Decidles que ése era el deseo de sus padres.

—Cuidaremos de ellos como hijos nuestros —respondió Cis emocionadísima.

—Y ahora, debéis partir. El camino es largo y muy breve el tiempo de que disponéis.

Un jefe de la guardia se adelantó e hizo seña a los cuatro amigos y a los dos niños de que lo siguieran.

Se volvieron hacia el grupo de hombres que capitaneaba Kobek y levantaron los brazos en señal de despedida.

Unos segundos más tarde estaban en la puerta del palacio. Un extraño vehículo los esperaba. Montaron en él y partieron acompañados por el jefe de la guardia.

La multitud que llenaba las calles guardaba un profundo silencio a su paso y los saludaban con los brazos en cruz y las palmas de las manos vueltas hacia ellos.

Cis, Mark, Peter y Oliver estaban profundamente emocionados y hubieran sido incapaces de articular una sola palabra.

A unas cuatro millas de la población se detuvo el vehículo y todos echaron pie a tierra.

—El camino es muy accidentado y hay que continuar el camino a pie —dijo el jefe de la Guardia—. Yo os guiaré hasta el lugar preciso.

Peter y Oliver cogieron en brazos un niño cada uno y comenzó la marcha por aquel desierto de roca viva.

Al cabo de ocho horas llegaron a su destino.

Una gran grieta se abría ante sus ojos y el jefe de la guardia les dio la referencia precisa.

—Ése es vuestro camino —dijo—. Ha sido explorado hasta las proximidades de la gran bolsa de lava. Desde allí hasta la superficie no debe haber más de trescientos metros.

Estrechó la mano de los cuatro adultos y besó cariñosamente a los dos niños.

—¡Que Dios os acompañe! —dijo finalmente.

Durante unos segundos permanecieron en suspenso los expedicionarios, mirando la cara de aquel hombre, cuyas facciones mostraban una gran entereza.

—¡Que Dios sea con vosotros! —respondieron casi a coro los cuatro amigos.

El hombre sonrió y extendió los brazos en cruz, mostrándoles

las palmas de las manos. Los cuatro amigos correspondieron de idéntica manera al saludo.

—¡En marcha! —ordenó Mark.

Unos segundos más tarde eran tragados por la profunda y oscura grieta.

CAPÍTULO X

Durante dos largas y penosísimas horas fueron ascendiendo por un confuso vericueto de galerías y resquebrajaduras.

Peter y Oliver no habían querido soltar a los dos niños y los llevaban a cuestas como si transportasen el más hermoso de los tesoros.

Los niños, conscientes de la trascendencia del momento, guardaban silencio y miraban con ojillos de asombro a los hombres.

Mark ayudaba a Cis y miraba constantemente el reloj de pulsera.

Habían pasado dos horas y el terrible terremoto que habían anunciado los hombres de ciencia de Nausiaa debía estar a punto de producirse.

Esto les preocupaba, pues el temblor de tierra podía cerrarles el camino que habría de conducirles a la superficie.

El calor fue haciéndose más intenso y algunas ráfagas de humo amarillo-verdoso comenzaban a filtrarse por las grietas.

—Pongámonos las escafandras —ordenó Mark.

Todos cumplieron la orden y comprobaron el buen funcionamiento del equipo suministrador de oxígeno.

Mark se puso a la cabeza de la comitiva y dio la señal de continuar la marcha.

Pocos minutos más tarde llegaron al depósito de lava del volcán.

Una especie de lago de lava ardiendo burbujeaba, dejando escapar grandes masas de gases deletéreos al estallar las gruesas burbujas.

Apenas si podían verse a dos pasos de distancia y Mark ordenó con un gesto que se diera la máxima intensidad a las linternas que llevaban en la parte superior de las escafandras.

Durante unos minutos atisbaron aquel lugar, buscando un paso que les condujera hacia la chimenea del volcán.

Por fin dieron con una cornisa de unos tres palmos de anchura, la cual se levantaba cosa de dos metros sobre el este del lago de lava.

Mark fue el primero en dar el ejemplo y comenzó a deslizarse a lo largo de la misma, con el cuerpo pegado a la pared.

Peter y Oliver tuvieron que dejar a los niños en el suelo,

ayudándoles a caminar delante de ellos.

De pronto llegó hasta los oídos de los expedicionarios el lejano fragor de un trueno.

Se detuvieron en su marcha sobre la cornisa rocosa y cruzaron una mirada de angustia.

El trueno fue aumentando en intensidad y la tierra comenzó a temblar bajo sus pies.

Desesperadamente se asieron a los salientes de las rocas mientras sentían burbujear con furia el gran lago de lava.

Un desfallecimiento, un momento de desmayo y caerían a la pastosa masa ardiente que los reduciría a la nada en pocos segundos.

Al continuo trueno siguió una tremenda explosión y luego el fragoroso ruido de un gran derrumbamiento.

El aire de la inmensa gruta fue expelido por el camino que habían seguido nuestros amigos y los azotó como un furioso vendaval, poniéndoles en grave riesgo de arrojarlos al ígneo lago de lava.

Por fortuna pudieron resistir el feroz embate y la situación se fue normalizando.

El destino de la maravillosa ciudad enterrada desde hacía millones de años en las entrañas de la tierra se había cumplido inexorablemente.

Mark hizo una seña a sus compañeros y continuaron la fatigosa marcha.

Dos horas más tarde llegaban a la cúspide del cono volcánico y sus ojos se inundaban con el azul del cielo y del mar.

Se quitaron las escafandras y respiraron a pleno pulmón el aire del mediodía.

—¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados! —gritaba Oliver, loco de entusiasmo.

—¡Nunca me ha parecido tan hermosa la superficie de nuestro planeta! —exclamó Peter lleno de gozo.

Cis y Mark se abrazaron estrechamente y tardaron en pronunciar una sola palabra.

—¡Mirad el color de esas aguas! —gritó Peter.

Las aguas que rodeaban el islote mostraban un color parduzco que no podía ser mejor augurio para los que componían el pequeño grupo de seres.

—¡Eso indica que estamos en las proximidades del túnel trasatlántico! —exclamó Mark lleno de alegría.

—¡Y mirad a quién tenemos ahí abajo! —gritó Oliver.

Una embarcación de medio tonelaje estaba anclada justamente a un centenar de metros del lugar que ocupaban nuestros amigos.

—Se trata de un barco de los dedicados a los estudios geológicos —dijo Mark.

—¡Eh! ¡Aquí arriba! ¡Aquí arriba! —gritó Peter con toda la fuerza de sus pulmones.

Los tripulantes de la embarcación descubrieron a nuestros amigos en la cima del pequeño cono volcánico y un movimiento de expectación y asombro corrió por la cubierta.

—¡Somos demonios que venimos por vuestras almas pecadoras! —les gritó Peter—. ¡Ahora vamos!

El capitán del barco les había enfocado con sus prismáticos y en su cara se dibujaba la más profunda incredulidad y asombro.

Nuestros amigos comenzaron a descender.

Cis se arrodilló un instante junto a los dos niños y los besó tiernamente.

—Ahora os vamos a regalar un mundo, para que se borren de vuestras mentes los malos recuerdos —les dijo con infinita dulzura —. Papá Mark y mamá Cis lucharán por vosotros para conseguir que volváis a ser felices.

Mark escuchó aquellas palabras y sonrió lleno de satisfacción. Los asombrados ojillos de los niños comenzaron a estrenar el maravilloso mundo que tenían delante.

F I N

ROBERTO ALCÁZAR Y PEDRÍN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIÓN
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIÉNDELA

al chico que desee pues se trata de la colección más
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GÉNERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

NUNCA EL ÉXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el logrado por las

AVENTURAS DE

YUKI

EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.
Los títulos publicados:
YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LÁTIGO
INVASIÓN INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRÁGICO
APARECE “TORO BRAVO”
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN ÉXITO CONSEGUIDO POR ESTAS INTERESANTES AVENTURAS GRÁFICAS

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

108 - Más allá de Plutón - *Profesor Hasley*

109 - La revancha de Zamok - *Profesor Hasley*
110 - Situación desesperada - *C. Aubrey Rice*
111 - El experimento del doctor Kellman - *J. Negri O'Hara*
112 - Los habitantes del astro sintético - *Eduardo Texeira*
113 - Los muertos atacan - *Profesor Hasley*
114 - La última batalla - *Profesor Hasley*
115 - 1958: Objetivo Luna - *Karel Sterling*
116 - La amenaza de Andrómeda - *Robín Carol*
117 - El silencio de Helión - *Robín Carol*
118 - Ventana al infinito - *J. Negri O'Hara*
119 - El planeta errante - *Karel Sterling*
120 - Regreso a la patria - *George H. White*
121 - Lucha a muerte - *George H. White*
122 - Cautivos del espacio - *Joe Bennett*
123 - Vacío siniestro - *Joe Bennett*
124 - Detrás del universo - *Karel Sterling*
125 - ¡Karima! - *Profesor Hasley*
126 - El bosque petrificado - *Profesor Hasley*
127 - Energía Z - *Profesor Hasley*
128 - Fantasmas siderales - *Karel Sterling*
129 - El túnel trasatlántico - *Profesor Hasley*
130 - El mundo subterráneo - *Profesor Hasley*

¿QUE SIGNIFICA ISOTOM 81?

¿POR QUE HAY UN HOMBRE ENTERRADO EN LA LUNA Y EL ALTO MANDO INTERPLANETARIO GUARDA SU MUERTE EN SECRETO?

¿DE DONDE LLEGO EL METEORITO GIGANTE QUE ABRIO EL CRATER EN EL CASQUETE POLAR?

JOE BENNETT

Con su dinámico estilo peculiar, ha escrito una fantasía científica cuya lectura no podrá interrumpir hasta la última página. Tendría usted que ser de hielo para no sentir el latigazo rudo de la excitación... y de la angustia. Porque

ENTRE MARTE Y JUPITER

Le reserva una erupción de sorpresas deliciosas para el amante de la ciencia-ficción. ¡Acepte el consejo! No se pierda el próximo y espectacular número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas

Notas

[←1]

Véase: «EL TÚNEL TRASATLÁNTICO». En la misma colección.

[←2]

Véase «EL TÚNEL TRASATLÁNTICO». En la misma colección.